

EL DESPERTAR A LA VERDAD

M^a Carmen Artaloytia Lázaro

Nota de la autora

Lo escrito en mi novela son hechos ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

He querido demostrar en mi historia que, aunque sea un tópico, la vida es una comedia, unas veces escrita en folios blancos y con tintas azules y negras y otras en nuestros corazones, con la sangre de nuestras venas.

Entran en escena toda clase de personajes, marcadas sus vidas por el destino y sus sentimientos etiquetados, enjuiciados y ajusticiados por una sociedad cuyas normas han sido consensuadas, la mayoría de las veces, sin el beneplácito de todos los afectados por ellas.

Mi novela trata de la historia de una mujer que en su adolescencia se siente atraída por una de sus más íntimas amigas. El destino las separa.

En la época que vive esta mujer, el sexo era *algo* prohibido, como no se hiciera en el matrimonio y, me atrevería a decir, ya en el terreno religioso, si no era para procrear. El sexo lésbico o el amor entre mujeres se desconocía; la homosexualidad era considerada pecado, rechazada y hasta antinatural.

Ante esta triste y –me atrevería a decir– dramática situación, la protagonista decide enterrar sus sentimientos. La fuerza de su carácter y su coraje hacen que lo consiga.

Se enamora y se casa. Tiene dos hijos, Francisco y Lidia. El destino la envolvería en esa espiral que es la vida y que te impide hasta razonar, sólo vives. Pero el destino nuevamente hará que se cruce ese personaje que volcará su vida, esa mujer especial que tenía dormida en sus sueños y que

ahora se vuelve realidad. Hará que aflore su bisexualidad y se enamorará locamente de ella.

Se suscitará así una lucha cruel, donde las personas que más daño la harán serán su marido y su hija. Por el contrario, su hijo, a pesar de no estar de acuerdo con la homosexualidad, sin llegar a ser homófobo, será el pilar donde se apoye, porque para él resultará más fuerte y profundo el amor que siente por su madre que sus propios sentimientos; a pesar de que se enamora de la misma mujer que ella.

El destino, fiel compañero, la llevará por sendas que jamás pensó, por situaciones desconocidas, y la arrastrará a un final que ni siquiera llegó a imaginar.

A ti, destino

*Yo, aquí, en la cima de la montaña,
cerca del cielo,
te digo a ti, destino,
no te burles,
no te rías.*

*Llora, porque aunque nos manejes a tu antojo,
tú sin nuestra existencia
jamás existirías.*

El despertar a la verdad

I

Vi mi imagen reflejada en el espejo. Me sentía orgullosa de mi físico.

Me llamo Noemí, *Noe*, para familiares y amigos. Tengo 56 años. Soy alta, pelo no muy largo, ensortijado, de color castaño, pronunciadas curvas, pechos grandes, facciones largas, partida la barbilla por un hoyuelo. Mis ojos enormes, del color del caramelo claro, mi boca de labios carnosos y unos dientes blanquísimos. Cuidaba mi cuerpo haciendo deporte, sobre todo natación.

Mi forma de vestir era muy particular. Lo mismo me ponía vaqueros largos, cortos, rotos, camisas masculinas, que llevaba pantalones de finas telas y blusas de seda, o vestidos ajustados al cuerpo con generosos escotes.

Calzaba zapatos de tacones muy finos y altos, lo que hacía que mi cuerpo, al caminar, resultase provocativo y sinuoso.

Mi secreto mejor guardado, mi bisexualidad. Afloró en la época de mi pubertad, cuando comencé a sentir cierta atracción por alguna de mis amigas. Aunque también me agradaban algunos de mis compañeros de instituto.

No lo comprendía, no comprendía lo que me estaba sucediendo y por qué me tenía que pasar a mí. Mis amigas se enamoraron de chicos, pero yo lo

hice de una de mis mejores amigas, Victoria. Era preciosa, rubia, con unos enormes ojos de un azul intenso; a pesar de ser todavía una niña, su cuerpo ya marcaba unas bonitas curvas y un pecho erguido. Su boca grande, de labios finos y sensuales.

Estaba siempre a mi lado, yo era para ella su refugio.

Éramos totalmente opuestas. Ella, callada, sumisa, siempre asustada por algo.

—Victoria —le solía decir—, como no espabiles, a pesar de ser inteligente y guapa, vas a ser la última en todo.

Ella se reía y me decía:

—¿Para qué te tengo a ti? Siempre estaré a tu lado, Noe.

Comprendí lo que sentía por ella cuando los chicos empezaron a fijarse en nosotras, y especialmente en Victoria. Uno de ellos, Gonzalo, parecía su perrito faldero. Aún puedo recordar, frase por frase, la última conversación que tuve con ella, sentada en el banco de un parque.

—Noe, ¿te has dado cuenta? Gonzalo me tiene cansada y no sé qué voy a hacer con él. Mira que lo ignoro, pero él sigue insistiendo.

Mientras hablaba me miraba con aquellos ojos azules que parecían adentrarse en mi alma. No soportaba sentir lo que sentía por ella. Encima,

aquel día yo tenía el periodo y me encontraba mal, lo que hizo que lo pagara con ella.

—¡Vamos, Victoria!, ¿a quién quieres engañar? A mí no me vengas con bobadas, a ti también te gusta, si no habrías terminado ya con este serial.

La expresión de sus ojos cambió y unas lágrimas silenciosas fluyeron de ellos.

—¿Tú crees que soy una mentirosa?

—Yo no creo nada, sólo lo que veo, y a ti te veo cómo lo miras, cómo le hablas.

Me arrepentía de lo que estaba diciendo, pero no podía evitarlo. ¿Por qué sería yo de esa forma?, ¿por qué actuaba siempre con esa frialdad para enmascarar mis verdaderos sentimientos? Era algo que me ha acompañado siempre. Sabía que lo que ella decía era verdad, pero yo estaba celosa.

Se levantó y me dijo:

—¿Sabes? A veces eres cruel, no sé cómo he podido...

Dejó la frase sin terminar y se marchó. No tuve la delicadeza de detenerla, ni siquiera de llamarla. Aunque mi corazón lo deseaba, mi orgullo y mi

temperamento me lo impidieron. Vi que se alejaba y sentí cómo el dolor oprimía mi pecho.

Después de aquello, una tarde me encontré con una de sus amigas.

—Victoria se ha marchado al pueblo de sus abuelos a pasar el resto de las vacaciones. ¿Qué os ha pasado, Noe? Ella no me lo ha querido contar. ¿Tú no te has dado cuenta de lo que Victoria sentía por ti?

Sentí como si me golpearan fuerte en el corazón. No le respondí, ni siquiera le dije adiós. Me di la vuelta y seguí mi camino.

Más tarde supe que al padre de Victoria, como consecuencia de la crisis generada por la subida del petróleo, lo habían trasladado a otra ciudad y no volví a verla.

Me miré fijamente en el espejo, mi mirada se había endurecido, no podía evitar recordar, y al hacerlo todavía me dolía. ¿Por qué no quise reconocer lo que me ocurría? Pero ¿cómo iba a reconocer aquello de lo que no tenía ni idea y desconocía?

Entonces, en los círculos más progres de la sociedad, se comentaba sobre la homosexualidad contranatural y pervertida. Sobre relaciones de amor o sexuales entre mujeres, ni se hablaba. La mujer era una posesión del hombre, sobre todo en el sexo, su sumisa. Sólo a través de él podía amar y recibir placer sexual.

Vi en el espejo cómo mis ojos se entristecían, y recordé a mis padres. Habían fallecido trágicamente en un accidente de tráfico. Mi madre, madre y amiga, intuyó que yo era diferente, pero su instinto la llevó a que nunca me preguntara nada; sabía que *aquello* la haría sufrir y que ni siquiera alcanzaba a explicarse lo que era. En los silencios de mis noches, cuando recordaba a Victoria y las lágrimas fluían de mis ojos, ella estaba allí, para secármelas y abrazarme.

¿Qué habría sido de Victoria?, ¿se habría casado?, ¿tendría hijos? Solía retocar mis labios y alborotar mi pelo con mis dedos cada vez que me embargaba la tristeza. Sentía la necesidad constante, cada vez que me arreglaba para salir, de reinventarme como mujer. Pero durante mucho tiempo los recuerdos volvían a mí como rayos certeros que arrasaban toda mi lucha interior.

Con sufrimiento y llanto, con tiempo, conseguí enterrar mi bisexualidad y casarme con Agustín, un hombre guapo, deportista, moreno, de ojos negros y cuerpo atlético.

Tuvimos dos hijos. Francisco, que era guapo, tenía el físico de su padre, pero mi carácter. Su edad, treinta y tres años; no tenía pareja estable; vivía solo, y trabajaba con mi marido, que era accionista de una importante franquicia de restaurantes italianos. Y Lidia, de veintiocho años. Sus ojos eran del mismo color que los míos, pero su pelo resultaba de un castaño muy claro. No era muy alta, si bien tenía unas bonitas curvas, y un carácter igual al de su padre.

Lidia era profesora de religión en un colegio de monjas, y estaba casada con un hombre simple, siento reconocerlo. Médico, yo creo que él y sus padres pertenecían a alguna congregación religiosa. Tenían un niño, Óscar, de 6 años, el tesoro de la familia.

Después de años de lucha conmigo misma, me recuerdo nuevamente cogiendo un frasco de perfume carísimo que me había regalado marido y llenando las yemas de mis dedos para llevarlas a mi cuello. Ya no seguiría recordando más.

Aquella noche salí al salón. Mi hijo y mi marido dejaron de hablar y me miraron. Este último no pudo ocultar su sorpresa, y su rostro reflejó la satisfacción del macho que posee semejante hembra.

—Pero, Noe —dijo sonriendo maliciosamente—, eres una chica mala, te van a criticar.

Íbamos a asistir a la fiesta de un famoso club de cazadores, donde se reuniría toda el *pijerío* de la ciudad.

Mi hijo, por su parte, soltó una carcajada.

—Mamá, estás bellísima.

Me había puesto un vestido negro muy ajustado, con una abertura hasta el comienzo del muslo. Un escote generoso dejaba al descubierto parte de

mis senos, y había perfilado mis labios en tonos de colores suaves, pero muy sensuales.

Mi cuello, adornado con una gargantilla de brillantes a juego con los pendientes. Mis brazos, con diferentes aros de oro blanco. En mi dedo anular brillaba un anillo de pequeños diamantes. Mis zapatos eran de altísimo tacón y en el tobillo izquierdo me había prendido un fino cordón de oro.

Miré a mi hijo con todo el *ego* subido al cien por cien.

–Vamos, cariño –le dije cogiéndome de su brazo–, vas a poder presumir de madre.

Sin embargo, de haber sabido lo que ocurriría en aquella fiesta, no hubiese ido jamás. Cuando entramos en los salones, algunos rostros se volvieron. Nos vimos entonces rodeados de varios amigos de mi marido, que me ofrecieron sus copas.

Debo reconocer que me encontraba en mi salsa, riéndome de las ocurrencias de aquellos hombres que, embobados, me desnudaban con sus ojos. Pero cuando lancé una mirada al fondo del salón, la vi. Sentí que un frío helado me sacudía para después convertir mi sangre en un río de fuego.

Era una mujer alta, rubia, su pelo rizado le caía por la espalda desnuda. El vestido era de color oro viejo, tenía también un generoso escote. Sus curvas eran perfectas.

Oí entonces la voz de fondo de mi hijo, que me hizo volver a la realidad.

–Mamá, ¿qué te ocurre? Te has quedado pálida.

–¡Oh...! Nada, nada, cariño.

–¡Ah! Mira, si están Paula y su hermano Álvaro. Vamos, te los presentaré, a ver si te gusta ella.

Álvaro nos vio y, cogiendo a su hermana del brazo, vino hacia nosotros. Yo creí morir. Era bellísima, ojos de un azul claro, con unas pestañas enormes, cara de facciones ovaladas, boca grande con unos labios muy finos, pero sinuosos. Nuestras miradas se encontraron y una especie de latigazo recorrió todo mi cuerpo, un intenso deseo hacia ella.

No sé cómo pude sonreír y contestar cuando fuimos presentadas. De hecho, al sentir sus labios en mi piel, el vello se me erizó.

–Vaya, Francisco –dijo Álvaro–, qué reservada tenías a tu madre, con lo guapísima que es.

Le sonreí y le dije:

–Eres muy amable, no es para tanto.

Paula respondió arqueando una de sus cejas:

–Es cierto. Además, no sé por qué intuyo que vamos a ser buenas amigas.

De nuevo, una punzada partía mi pecho. Dios mío, pensé, ojalá que no ocurra. Pero ocurrió. Yo quería irme, no era capaz de articular palabra, sentía la mirada de Paula sobre mí, pero mi hijo estaba eufórico, riéndose y contando anécdotas todo el tiempo que duró la conversación.

Mi marido se acercó a nosotros.

– Álvaro, Paula –ésta le dio dos besos–, ¿qué tal? Perdonadme, me llevo a Noe, que estoy muy cansado.

–Sí, nos vamos. Yo también estoy agotada, cariño.

Al despedirnos, Paula buscó mi mirada. Yo la esquivé. Mi hijo se quedó con ellos.

Mientras conducía no podía apartar de mi mente la imagen de Paula. Intentaba no pensar, pero su cuerpo, su rostro, se hacían cada vez más grandes en mi interior. Di un volantazo y estuve a punto de estrellarme contra el coche que tenía delante.

–Noe, por Dios, ¿en qué estás pensado? –dijo nervioso mi marido.

¿En qué estaba pensando? Si él lo supiese. Era incapaz de concentrarme. Tenía que aceptar que aquella mujer había despertado nuevamente mi bisexualidad dormida, que creía superada, esa atracción hacia las mujeres. ¿Era aquélla la mujer con la que siempre soñé? No comprendía cómo me podía pasar aquello ahora, a mi edad, sentirme atraída de esa forma por ella.

Al llegar a casa, Agustín se fue directamente al dormitorio.

–Vamos, Noe, sé buena y ven.

Sabía lo que él quería, pero no tenía fuerzas, y mucho menos deseo. Me senté en el sofá y rodeé mi cabeza con mis brazos. Le supliqué a Dios que me ayudase, que no me dejara caer de nuevo en la bisexualidad. ¿Por qué me tenía que suceder a mí esto? Cuando mi vida era plena, cuando mi marido me idolatraba, mis hijos y mi nieto me adoraban. Cuando la vida me sonreía con toda su plenitud.

–Noe, ¿qué pasa, no vienes?

Entré en el dormitorio y decidí hacer lo que me pedía. Tiré de la cremallera del vestido, que se fue deslizando por mi cuerpo. Primero aparecieron mis senos, cubiertos por un estrecho sujetador negro. Mi sexo rasurado se podía apreciar a través de unas bragas blancas de encaje. Me deslicé en la cama, él se acercó a mí temblando, le podía el deseo. Sus dedos desabrocharon torpemente el sujetador y tiraron de mis bragas. Me

senté encima de él, sentía su erección dentro de mí. Mi marido intentaba acelerar los movimientos.

–Por favor, Noe, por favor, más rápido –su voz sonaba temblorosa y ronca.

Acariciaba torpemente mis pechos. Yo controlaba, la impedía llegar al orgasmo. El recuerdo de Paula me martirizaba, y lo pagaba con él. Empecé a moverme cada vez más rápido, sentía su excitación. Intentó incorporarse, dio una fuerte convulsión y un áspero gemido. Sentí entonces el calor de su fluido dentro de mí. Me tensé y gemí haciéndole creer que había llegado al orgasmo. Era la primera vez en mi vida que simulaba llegar al placer.

II

Iba conduciendo camino de mi trabajo y me sentía mal, había pasado una noche de perros. Ni siquiera el agua de la ducha pudo calmar mis nervios. Intentaba quitármela de la cabeza, y no sólo por haber despertado mi bisexualidad, sino porque ni siquiera la conocía ni sabía cómo era interiormente y me sentía atrapada por ella de una forma que no llegaba a comprender. ¿Sería por su belleza? ¿Por la seguridad que demostraba? ¿Por toda ella? Intentaba aparcar, pero no me concentraba. No era capaz. Trabajaba como administrativa en un instituto de la ciudad. Me llevaba muy bien con los profesores y con el director. Sentía cierto afecto por mis compañeros de oficio, Laura y Jaime. Eran pareja, tuvieron la suerte de aprobar la misma oposición de funcionarios en el instituto.

Laura era alta, morena, ojos verdes, un bonito cuerpo, una boca preciosa y unos labios muy sensuales. Siempre andaba sonriente. Jaime, por su parte, era el clásico guaperas, rubio, de ojos azules, cuerpo atlético, de gimnasio, arrogante y presumido.

Cuando entré en la sala de administración, el semblante de Laura aquella mañana era de tristeza, su voz sonó acongojada cuando me saludó. Él me saludó fríamente.

Era lo que faltaba, después de cómo me encontraba, tener problemas en el trabajo. Colocaba los papeles en mi mesa, moviéndolos de un lado para otro, pero no conseguía concentrarme, cuando oí la voz de Laura.

–Noe, ¿vamos a tomar café?

–¡Ah...! Yo..., claro. Vamos, pero ¿Jaime?

–Jaime se esperará a que nosotras regresemos –sus palabras sonaron contundentes.

Tomábamos café en silencio. Me encontraba desconcertada porque no sabía lo que Laura me iba a contar, aunque intuía que sería algo referido a su marido.

–Noe, te considero una mujer seria y segura de ti misma. –Me atraganté con el café y tosí.

–Lo siento, perdona, continúa– le dije al tiempo que pensaba: si ella supiera lo que me estaba sucediendo.

–A mis padres no puedo decírselo, mi padre ha sido siempre muy machista y mi madre, una sumisa. Yo odiaba el comportamiento de mi padre y despreciaba la forma de ser de mi madre.

La miré con recelo. Ahora, pensé por la trayectoria de la conversación, la vida te pone en una encrucijada, a ver cómo actúas tú. Yo la apreciaba, no sólo por los años que llevábamos juntas, sino porque nunca se negaba a hacerte un favor.

–Mira, verás, el otro día, al coger el móvil de Jaime... Yo no suelo hacerlo, no me gusta, considero que pertenece a nuestra intimidad, aunque entre parejas todo debería de ser compartido.

Y me lo decía a mí. Sentí tristeza, yo, que era bisexual y no lo sabían ni mi marido ni mis hijos.

–Por supuesto, claro, lo más importante en el matrimonio es compartirlo todo –dije con cierto aire de cinismo.

–Pues, como te decía, cogí su móvil y vi que tenía varios mensajes de una mujer llamada Aurora, y eran muy íntimos.

Se echó a llorar. Vaya, vaya, dije para mí misma, mira tú el imbécil de Jaime, no sabe apreciar lo que tiene. ¿Qué le podía responder?, si mi situación era más trágica que la suya. Yo ya no sabía ni lo que era. Paula volvió a mi mente, sentí una sensación entre placer y dolor en el estómago. ¿Qué tenía que decirle? Hija mía, la vida son dos días y no merece la pena perderla por un imbécil. Sabía que él dejaría a la tal Aurora, pero ¿cuántas Auroras volverían de nuevo a su vida?

No podía decirle eso. Tuve que contestarle lo que no sentía, porque estaba segura de que era lo que ella quería oír y lo que todos queremos en semejante situación, porque la vida en sí ya es complicada y porque cuanto más huyamos de los problemas más grande es el encontronazo con ellos. Y porque ella dejaría a aquel idiota y le vendría otro más idiota todavía.

–Laura, creo que debes darle otra oportunidad, y si vuelve otra vez a no respetarte, lo mandes con su querida madre.

Sonrió.

–¡Cómo eres! Al final me has hecho reír.

La mañana pasó en medio de una tensión propia y ajena. A la salida del trabajo sonó el móvil. Era mi amiga Sofía.

–Noe, últimamente no hay quien te vea. ¿Te vienes al gimnasio? Viene también Vicky.

–De acuerdo, a las siete nos vemos.

Me vendría bien relajarme. Sofía y Vicky eran mis amigas más íntimas. Hacía más de veinte años que nos conocíamos. Sofía tenía 52 años, era bajita, morena, de ojos negros, entradita en carnes, como ella se definía. Era una mujer atractiva. Su marido, Pepe, sesenta años, serio, pero muy buena persona.

Vicky era la más guapa de las tres. De mi edad, divorciada a los dieciocho años de haberse casado por incompatibilidad de caracteres. Pelirroja, con unos ojos color castaño claro, pechos firmes y boca muy sensual. Tenía una hija, Blanca, pelirroja como ella, no tan hermosa, pero de rasgos parecidos. Su pelo, a diferencia de su madre, era largo. Sus pechos, muy grandes, y unas piernas preciosas. Cuando se reía aparecían unas hileras de dientes blanquísimos, perfectos. Tenía un atractivo especial.

Era periodista, dedicada a la defensa de causas perdidas en sus artículos, y estaba siempre viajando. Vicky se quejaba amargamente porque nunca sabía dónde se encontraba su hija o lo que estaba haciendo. Mi amiga nunca conseguía llegar al fondo de ella.

Yo, por mi parte, la consideraba un encanto. Cuando venía a ver a su madre solía salir con nosotros de copas y siempre me decía lo mismo:

–Noe, eras la más inteligente de las tres. No sé cómo las aguantas, con esa fuerza interior que emanabas y ese cuerpo, con esas curvas. Esos ojos que encierran un enigma. Lo que yo daría por pasar una noche loca contigo.

Yo me reía a carcajadas, pero Vicky se ponía furiosa.

–Blanca, qué poca vergüenza tienes, y tú no sé cómo te ríes con las cosas que te dice.

Nos dirigíamos al gimnasio y Sofía nos dijo:

–No sé si lo sabéis, tenemos una nueva monitora. Ana ha dejado el gimnasio porque a su marido lo han trasladado a otra ciudad. La nueva se

llama Jara, se comenta que es lesbiana. –Sentí un pinchazo en el estómago.

–¿Y qué? –respondió Vicky.

Yo me mantenía en silencio.

–Oye, nada, sólo que, bueno..., a mí no me hace ninguna gracia que me tenga que tocar una lesbiana.

–¿Pero tú que te piensas que son, que se van tirando a todo el mundo?

Me extrañó la reacción de mi amiga, que siempre había sido muy correcta a la hora de expresarse.

–¿Qué te pasa, Vicky? No he dicho nada del otro mundo. Tú sabes que cuando hacemos los ejercicios hay veces en que nos tienen que corregir ciertas posturas, y a mí no me gusta que me toque este tipo de gente.

–¿A qué tipo de gente te refieres? ¿Puedes explicarte mejor?

Llegábamos a la puerta del gimnasio.

–Bueno –corté yo, me estaba poniendo nerviosa–, dejémoslo, nos pueden oír.

Ya en el gimnasio nos presentamos a la nueva monitora. Tendría unos cuarenta años, alta, muy delgada. Lo que más llamaba la atención eran sus enormes ojos negros, profundos, con unas espesas pestañas negras.

–Hola, me llamo Jara. Por favor, poneos en vuestros sitios. Vamos a comenzar.

Respondimos diciendo nuestros nombres, y comenzamos los ejercicios.

Nos hizo sudar por todos los poros de la piel. Me desconcertaba cómo me miraba. ¿Habría notado mi bisexualidad?, ¿tendríamos, nosotras, una cierta sensibilidad para conocernos? Una de las veces se acercó a mí y rodeó mi cintura con su brazo. Senti como el calor subía a mi cabeza.

–No, Noe –me dijo–, más inclinada.

Al salir a la calle, Sofía miraba fijamente a Vicky, pero ella obviaba su mirada. Sabíamos que la iba a criticar. Ya no pudo más, y saltó.

–Bueno, ahora que dices, Vicky, ¿habrás observado cómo la lesbianita ha estado mirando a Noe y cómo la rodeaba con el brazo su cintura?

–No hables con tanta frivolidad y nombra a la chica por su nombre: Jara. Lo que te ocurre es que a ti no te ha hecho ni caso.

–Pero, bueno, ¿será posible?... ¡Tú que te has...!

No la dejé terminar.

–Oye..., cortemos esto ya. Tú, Sofía, piensa lo que quieras. Yo me he sentido tratada como siempre, como con Ana. Dejémoslo ya, tomemos un café.

III

Estábamos desayunando. Mi marido me miró sonriendo.

–Noe, cada día estás más guapa y te portas mejor en la cama.

Le sonreí. ¿Cómo era posible? Yo era incapaz de sentir ya nada desde que había conocido a Paula. Fingía los orgasmos, e incluso temía la noche. Parecía como si me forzaran.

–Bueno, cariño, ya sabes que estaré unos días fuera. Dile a María que me haga la maleta.

María era nuestra asistente, bueno, más que asistente, amiga. Nos conocía mejor a todos que nosotros mismos, ni sé cómo no había percibido mi bisexualidad. Ella tenía hasta llaves de nuestra casa.

Experimenté una especie de alegría al saber que mi marido se marchaba por unos días. Era la primera vez que me alegraba de que se fuera de viaje. Tiempo atrás, siempre lo había odiado e incluso tuvimos discusiones por ello.

–Qué raro en ti. No me riñes... Eres magnífica.

Cómo era la vida, pensé. Que era magnífica, decía... No se daba cuenta de que lo que yo deseaba era que se alejara de mí.

Me fui al trabajo. Laura y Jaime volvían a ser los mismos. Me alegré por ellos. Me dio pena de Laura, no se merecía a aquel niño.

Al salir del trabajo, sonó mi móvil. Era mi hijo.

–Mamá, comemos juntos, pero pagas tú. –Soltó una carcajada.

–Pero ¿has pagado tú alguna vez?

Nos fuimos a comer a uno de los restaurantes de moda de la ciudad. Miraba la carta cuando oí a mi hijo.

–¡Qué agradable sorpresa, Alberto!

Aparté mi mirada de la carta. La sangre me subió de golpe a la cabeza. Delante de nosotros se encontraban Alberto y su hermana Paula.

–¡Qué alegría me da veros! –respondió él amablemente.

–Es cierto, es un placer verte de nuevo, Noe –dijo seguidamente Paula.

No supe contestar.

–Sentaos, comed con nosotros, mi madre no tiene ningún inconveniente en invitaros a comer.

–¡Oh!, no por favor...como eres Francisco... Nosotros no lo vamos a consentir...

–Por favor, Paula, encantada de hacerlo –le dije sonriendo y, a la par, sintiéndome morir por dentro. No por pagar, sino por ver lo que se me venía encima.

Nuestras miradas coincidían furtivamente. Yo apartaba mis ojos, ella no. Aquello me enfurecía. Percibía su seguridad y cómo se daba cuenta de lo que provocaba en mí.

–Mamá –dijo mi hijo para acabarlo de arreglar–, no has dicho ni una palabra. Qué raro en ti...

–Prefiero que habléis vosotros, se ve que tenéis muchas cosas que deciros.

Mi hijo no paraba de hablar. Se podía ver lo eufórico y alegre que estaba por el encuentro. Entonces, Paula me miró.

–Quizás no hemos debido sentarnos con vosotros. Yo...

–No, por Dios, Paula –corté sus palabras–. Lo que ocurre es que he tenido un día agotador.

Jamás había mentido, odiaba la mentira. Ahora ya, en las situaciones en que me encontraba, no dejaba de decir una detrás de otra.

Ella se levantó.

–Vamos, Noe, a la barra, nos tomamos allí las copas, y ellos que sigan hablando de caza.

Mi hijo hizo un gesto de disgusto, pero yo ya me había levantado. Sentada en el taburete, oía los latidos de mi corazón. Se había acercado a mí, podía ver a través de su generoso escote unos blanquísimos pechos. De cerca era todavía más bella. Me miró y sonrió burlescamente.

–¿Qué tomas? –me preguntó con cinismo. No sé ni cómo puede responderle.

–Un *limoncello*.

Pidió dos. Y me miró a los ojos.

–Ahora, Noe, dime la verdad, ¿qué te ocurre conmigo? Noto que cuando me miras, algo en ti se revuelve.

Me quedé helada: qué percepción. ¿Tanto se me notaba? Qué directa y, a la vez, qué arriesgada. Sentía cómo la furia me invadía y mi inseguridad iba desapareciendo. Me venían a la cabeza respuestas cortantes: “Tú, niñata, ¿quién te crees que eres?, ¿qué te has creído? ¿De verdad notas eso? Pues, fíjate, esa misma sensación la he sentido yo de ti”.

Me fijé en sus ojos, y en ellos no había sarcasmo ni burla, pero sí seguridad y autodominio. Se notaba que sabía que tenía que provocar deseos y atracción en personas de distinto sexo. Estaba poseída del influjo que suscitaba. No parecía una mujer fácil, y me preguntaba: ¿a qué clase de partida estaba jugando?

Sentí entonces esa frialdad que me invadía en los momentos más críticos y que era uno de los principales rasgos de mi carácter.

–Yo creo que te estás equivocando –le respondí fríamente–. Se conoce que crees que tienes cierto influjo hacia las personas que te rodean y no sabes distinguir entre las personas que sienten esa atracción hacia ti y las que te soportan por educación.

Se quedó cortada, tocada... Se llevó la copa a los labios; su mano temblaba.

Me sentí mal, quizás no la había sabido juzgar, a lo mejor su pregunta no había sido por bordear... Por primera vez en mi vida retrocedí en mi forma de comportarme.

–Lo siento, no pienso así, he sido una maleducada. Disculpa.

Sus ojos reflejaban tristeza. Y yo me sentía cada vez peor.

–Paula, por favor, no hagas caso de mis palabras –sonrió forzadamente–. Creo que he sido una estúpida. La verdad es que no sabría definir lo que siento por ti – dije de forma embustera...

Ella obvió la respuesta.

–Creo que deberíamos ir con ellos.

Cogí su mano, sentí una dulce sensación en el estómago.

No, así no, acláremoslo. Estábamos tan juntas que podía percibir la tibieza de su aliento. Ella me miró y sonrió abiertamente.

–Entonces, ¿yo sí he percibido bien?

Me eché a reír.

–Hundida –le contesté.

–Ya te llamaré. Volvamos a la mesa.

Al despedirnos y besarnos, sentí el fuego del deseo arder en mi sangre. Ella me miró de una forma profunda.

–Te llamaré. El próximo jueves, por la tarde, voy a montar a caballo en la finca de mi padre y me encantaría que me acompañaras. No digas nada, cuento con ello. Tu hijo me ha dado tu número de móvil.

De regreso a casa, mi hijo no paraba de hablar. Se saltó hasta un semáforo.

–¡Francisco, por Dios! Céntrate en lo que haces y para de hablar.

Yo ni siquiera oía lo que hablaba, pero me quedé fría cuando dijo:

–Mamá, ¿pero es que no te has dado cuenta? Estoy loco por Paula, es la mujer de mi vida. Me encanta que os llevéis bien.

Sentí un mazazo en el corazón. No era posible, no era cierto lo que escuchaba. Qué putada me hacía la vida, despertar mi bisexualidad y enamorarme de la mujer de la que estaba enamorado mi hijo.

Me bajé del coche, estábamos a las puertas de mi casa.

–Mamá, ¿no me das un beso?

–Claro, cariño, es que me duele la cabeza y no me había dado cuenta.

Se echó a reír.

–Paula, nos hace perder la cabeza a todos. –No sabía él cuánta razón llevaba.

Me tiré encima de la cama. Quería dormirme, evadirme de todos. Sentía una presión en el pecho que no me dejaba respirar. Mi hijo y yo nos sentíamos atraídos por la misma mujer. Desconsolada, hundí mi cabeza entre mis brazos. Los sollozos hacían temblar mi cuerpo. ¿Qué podía hacer?, ¿en quién podía refugiar mi dolor? Jamás en la vida me había encontrado tan sola y tan perdida. Recordé a mi madre: ¿me habría comprendido?, ¿me habría aceptado? Yo era su única hija. El pensar lo que mi madre hubiera sentido también me dolía.

Tendría que renunciar a Paula. Yo no podía hacer daño a mi hijo y un daño tan terrible, mi bisexualidad y amar a Paula, pero sabía que mis sentimientos por ella eran como el fuego que sale de la fragua y que ese fuego terminaría quemando hasta mi alma. Se lo contaría a Vicky, mi querida amiga, pensé mientras me enjugaba las lágrimas.

Me levanté de la cama con un fuerte dolor de cabeza. Me miré en el espejo y tenía unas terribles ojeras y los párpados hinchados de haber llorado. Miré el reloj, eran las siete de la tarde. Me hice un zumo y encendí el televisor, la programación era horrible y las noticias, deprimentes.

Mientras me arreglaba, sonó el móvil. Era mi hija.

–Mamá, acuérdate de que mañana sábado tenemos una reunión con quienes patrocinan el comedor social. Hay que conseguir donaciones para poder ampliarlo, ya sabes tú cómo está la situación con esta crisis. Te recogeré sobre las seis. Y papá, ¿ha llegado ya?

–No, cariño, tu padre seguro que regresa mañana. –En mi interior pedía que fuera así, yo no estaba para juegucitos eróticos, que es lo que quería mi marido después de sus viajes—. Cuenta conmigo. Un beso.

IV

A la mañana siguiente me despertó el sonido del móvil. Era mi marido.

–Cariño, estoy en el aeropuerto. No te preocupes, cogeré un taxi. Comeremos juntos y después, la siestecita.

–De acuerdo, cielo –le respondí.

Me levanté impulsivamente de la cama y me dirigí al restaurante donde solíamos comer cada vez que él volvía de un viaje. Para no pensar, cuando sentía dolor, cuando sufría .

Accedí a una de las tiendas de más prestigio de la ciudad. Había visto un traje pantalón color rosa palo, una camisa color crema con ligeros toques tostados y unos zapatos negros de altísimo tacón con una cadenita de plata que se cogía en los tobillos. Cuando salí del probador para que me lo viera puestola dependiente, ésta sonrió.

–Está hecho para usted, está guapísima y muy elegante.

Me miré en el espejo. Tenía que reconocer que era cierto. Me lo enviarían a casa. Eso era lo bueno que tenían esas tiendas, además de la calidad de la ropa. Al salir de allí oí la voz de mi marido.

–¡Noe! –Me giré, venía sonriente hacia mí–. Sabía que te encontraría aquí, sé que cuando te aburres te gusta comprar y gastar– dijo riéndose mientras me rodeaba con su brazo y me daba un fugaz beso en los labios.

De nuevo en aquel restaurante, mientras comíamos, los recuerdos se apoderaban de mí. Paula, mi hijo...

–Vamos, Noe, deja de darle vueltas con el tenedor a la ensalada. ¿Qué te ocurre?

Si él supiera, pensé. Fijé mis ojos en los suyos.

–No sé por qué me preguntas eso. Simplemente estoy cansada, ayer pasé un día de perros.

Al entrar en el piso, me rodeó con sus brazos y besó mi boca. Yo no reaccioné. No sentí ninguna sensación de deseo hacia él.

–¿De esta forma besas a tu maridito, después de tantos días de ausencia? Anda, vamos a la cama.

–Por favor, Agustín, me duele la cabeza, y tu hija va a venir a recogerme para ir a esa oenegé a la que pertenece.

–No pongas disculpas estúpidas –dijo en tono furioso y se metió en el dormitorio dando un portazo. Era la primera vez que me negaba a tener sexo con mi marido.

Me senté en el sofá. Sentía una enorme presión en el pecho. Tenía unas enormes ganas de echarme a llorar. Pero no podía, no era capaz de soltar una sola lágrima. La imagen de Paula y de mi hijo martilleaban mi cabeza. No volvería a verla más. Sabía, por otra parte, que no iba a poder hacerlo, sentía un deseo incontrolable de oír su voz, de ver su rostro, de tener su cuerpo cerca de mí.

Entonces sonó el móvil. Era mi hija.

–Mamá, dentro de media hora paso a recogerte.

La verdad era que no me hacía gracia reunirme con aquellas personas que pertenecían a esa oenegé. Había otras organizaciones que hacían una labor magnífica y de forma totalmente desinteresada. Pero aquella me daba la sensación de que era como una especie de descargo de las conciencias de esas señoras: sentían remordimiento de conciencia de estar ellas en el estatus social en el que estaban y haber tanta hambre en el mundo. Eran tan caritativas donando lo que les sobraba. Pensaban que iban a engañar a Dios y, por si fuera poco, se pasaban el día ordenando y mandando.

Mi hija me llamó por el telefonillo. Cuando bajé, tenía la puerta del coche abierta.

–Vamos, mamá, llegamos tarde. Pero, mamá, ¿cómo te has puesto esos vaqueros rotos y esa blusa tan masculina? Mamá, por Dios, ya sabes la forma de ser de esas señoras, y sobre todo la madre de Pablo.

No le contesté y me monté en el coche. Lo había hecho a propósito para fastidiarlas. Si me iban a criticar, que lo hicieran por algo que yo quería hacer y no por lo que ellas quisieran.

Cuando llegamos, no pudieron evitar mirarme y mostrar un gesto de disgusto. La primera, la madre de mi yerno. Me sentí triunfadora. Las saludé fríamente y me senté de forma desafiante. Sabía que no se atreverían a realizar ningún comentario desagradable porque esperaban sacarme un buen donativo y, además, a mi hija la respetaban. Reconocían

que era una mujer joven que se volcaba mucho en la causa y que yo nunca me negaba a las obras de caridad.

Cuando terminamos la reunión la madre de mi yerno dijo:

–¿Sabéis? Rosita ha querido hacer una donación.

–¿No la habrás aceptado? –preguntó una que tenía pinta de arpía.

–Desde luego que no, todo el mundo sabe que vive en pareja con otra mujer.

Creí por un instante que no podía contenerme. Serían brujas... No dejar hacer caridad a una persona por estar compartiendo su vida con otra de su mismo sexo. Mi hija tuvo que darse cuenta de la expresión de mi cara y, tirando de mi brazo, me dijo:

–Vamos, mamá, llegaremos tarde a recoger a tu nieto.

Montadas ya en el coche, no pude callarme.

–Oye, tus amistades... Vamos, esas almas caritativas, sobre todo tu mamá política –le decía con cierto cinismo–, ¿qué son, homófobas?

–Mamá, deja el tema, no tengo ganas de discutir.

–No, hija, yo tampoco, pero sólo por curiosidad, ¿y tú qué piensas?

–Mamá, las relaciones homosexuales, sean entre mujeres u hombres, son asquerosas.

–Lidia, no son sólo relaciones sexuales, es también amor. Las tachas de asquerosas, ¿acaso tú los has visto tener sexo?

–¡Vamos, mamá, por Dios! Eso de amor habría que discutirlo, y por supuesto que no lo he visto, pero me lo imagino.

–¿Y qué te imaginas?

Al principio de la conversación me estaba dando miedo, no quería conocer los sentimientos de mi hija hacia la homosexualidad. Ahora sentía una fuerte irritación contra su intolerancia. Me miró con incredulidad.

–Mamá, ¿crees que te lo voy a decir?

–No sé por qué motivos no puedes hacerlo. Tú y yo hemos sido siempre muy liberales a la hora de hablar de sexo.

–Desde luego, mamá, sobre todo tú, pero de las relaciones normales que no van contra natura. Ya hablaremos, mamá. Deja este tema, a mí me revuelve el estómago. Además, mira, ahí está Óscar esperándonos.

Cuando llegué a mi casa encontré una nota de mi mirado. Me decía que iba a pasar el fin de semana en la finca de uno de nuestros amigos. Tenía que empezar a preparar la temporada de caza. Me quedé sorprendida, él nunca había actuado de esa forma, siempre me había pedido permiso, entre bromas, para irse con sus amigos. Tenía que haberle dolido la negativa de no tener relaciones sexuales.

En el silencio de la noche, ya acostada en mi cama, no dejaba de acordarme de la conversación que había tenido con mi hija. Crees conocer a los hijos, pero no es así. Tampoco consideramos la forma de ser de las personas con quienes comparten su vida. Pablo y su familia tenían que pertenecer a alguna especie de orden religiosa en las que todavía se

conservaban las raíces más conservadoras. Me sentía verdaderamente aterrada. ¿Cómo afrontaría ella mi bisexualidad? El dolor me embargó durante largo tiempo. Además, pensaba: ¿cómo se imaginaba ella que serían las relaciones entre hombres o entre mujeres? Ella tenía que estar inducida por su familia política y por esos personajes tan caritativos y cristianos que la rodeaban.

¿Contranatural? Seguro que no sabía ni lo que significaba. Ir contra natura sería arremeter contra las personas que nacemos con la condición de amar y relacionarnos sexualmente con personas de nuestro mismo sexo y querer hacernos sentir lo que no sentimos.

Me encontraba entre el furor y el dolor. Pensé en mi amiga Vicky, la llamaría mañana para comer con ella. Solíamos llamarnos las tres cuando el marido de Sofía y el mío se iban con sus amigos, el primero a sus temas de fútbol y el mío, a los de la caza.

Pidiéndole a Dios que me diera la valentía y el coraje para decírselo, me fui quedando dormida.

V

Me despertó el sonido del teléfono.

–Hola, mami, ¿estás solita, eh? Yo estoy aquí, en el cortijo, con papá. Te echamos de menos. Me ha dicho Paula que te va a llamar para llevarte a

su finca. Quiere enseñarte sus caballos –se echó a reír mi hijo–. Hazle caso, mamá, prepárame el terreno...

Una fuerte congoja sobrecogió mi pecho. Mi hijo se preocupaba por mí y me pedía que le preparase el terreno para conquistar a la mujer de la que yo me estaba enamorando.

–Claro que sí, cariño, cuenta con ello. Hoy me iré a comer con Vicky. No te preocupes, no estaré sola.

–Bueno, mamá, me reclaman. Un besazo de tu hijito.

Después de ducharme llamé a Vicky. Se puso muy contenta de que la llamara. Quedamos en que yo me iría a su casa a comer. Vivía dos calles más arriba que yo, así que podía ir caminando.

Ya frente a su puerta, me encontraba indecisa. No sabía si tendría el valor de sincerarme con mi amiga. Me decidí y la llamé, y ella me abrió sonriente.

–Hola, cariño –me dijo mientras me daba dos besos–, ¿por qué te has molestado en traer vino? Tengo un montón de botellas. Te veo pálida, ¿qué te ocurre, Noe?

–Esta botella debe de ser especial. La tenía Agustín escondida –dije sonriendo–. No me encuentro bien, Vicky, estoy pasándolo mal.

–No me hables de pasarlo mal. A mí Blanca me tiene muy preocupada. Anda, siéntate, tomemos este vino tuyo que tiene tan buena pinta.

Mientras comíamos, me fijé en ella por primera vez desde mi bisexualidad. Era muy hermosa, con aquellos ojos tan enormes y claros, su boca tan sensual y un cuerpo precioso.

–¡Oye! ¿Qué forma de mirar es esa? Vas hacer que me suban los colores.

Dios mío, pensé, ¿pero es que se me nota mi atracción por las mujeres?

–¡Oh!, Vicky, yo..., por favor, lo siento.

Al ver mi congoja se echó a reír.

–¡Anda! Es una broma. No te pongas seria. Noe, yo tampoco lo estoy pasando bien. Blanca me tiene preocupada. Además de no saber nunca dónde está, tampoco sé si está con un chico o con una chica. No es que eso me preocupe, mientras mi hija sea feliz... Pero, claro..., por lo menos me gustaría saber con quién se relaciona. Tendré que aceptar que mi hija es como es y a estas alturas no creo que nadie pueda cambiarla.

Aquella tolerancia de mi amiga me abrió las puertas para contarle lo que me ocurría. Cogí sus manos entre las mías.

–Vicky, sé que eres una gran madre. –Sus ojos se llenaron de lágrimas–. Los hijos llegan a unas edades en la que los padres ya no contamos ni podemos hacer nada, sólo estar ahí para cuando nos necesiten.

Secó sus lágrimas y, sonriente, me dijo:

–Bueno, anda, ahora dime qué es lo que te ocurre.

Miré a mi amiga, se puso seria, creo que supo ver mi dolor.

–¡Oh!, Vicky –dije mientras cubría mi rostro con las manos–, no sé si tendré el valor para contártelo.

Separó mis manos de mi cara.

–Te lo pido por Dios, Noe, no dudes en contármelo.

La miré a los ojos.

–Ha aflorado mi bisexualidad –se lo dije de golpe, para qué adornarlo.

Ella sonrió y besó mi mano.

–Pero, cielo, pensé que me ibas a decir que tenías una enfermedad grave o que tu marido te engañaba...

–¿Te parece poco, Vicky? Pues, no sé si hubiera sido mejor...

–No digas tonterías... Tú sabes que yo soy muy liberal en todo, y más en esto. Considero que una persona, ya sea mujer u hombre, tiene derecho a enamorarse de quien quiera y tener las relaciones sexuales que desee. Otra cosa sería que afectase a terceras personas, y así y todo serían esas personas las que tendrían que pronunciarse.

Las palabras de mi amiga llegaron a mi corazón. No sólo tenía belleza exterior, sino también en su interior.

–Vicky, no sabes lo que significa para mí que tú me aceptes.

–Yo no tengo por qué aceptarte ni rechazarte, por Dios, Noe. Y si tú no quieres no hablaremos más de ello.

–Pero no es eso sólo. Me estoy enamorando de la misma mujer de la que está enamorado mi hijo.

Soltó la copa de vino que tenía en la mano.

–¿Cómo? Eso es terrible, Noe.

Me eché a llorar. Se levantó y me abrazó.

–Tranquilízate, por favor, Noe, cálmate.

Los brazos de mi amiga me hicieron sentir protegida y amparada por primera vez.

–Vamos, Noe, esto tú lo solucionarás. Siempre te he considerado una mujer valiente, fuerte y buena... Hasta fría...

–Nunca me había encontrado en una situación como ésta, en la de no saber qué hacer, qué camino tomar...

–Es que es muy difícil saberlo. Incluso darte un consejo me resulta arriesgado. Supón que te digo que te apartes de esa mujer y luego ella no se queda con tu hijo. Y si te digo que luches por ella, tendrías que hacerlo

a pesar de tu hijo. ¿Cómo se sentiría él? Y todavía peor, ¿cómo te sentirías tú?, al verle destrozado y, claro, no sólo por ella, sino por lo que a ti...

Quedó la frase en el aire. Yo sabía lo que quería decir, por tener que asumir mi bisexualidad. Sabía que mi amiga estaba en lo cierto, cualquier decisión que tomara sería dolorosa.

Vicky me cogió de las manos y me dijo:

–¿Por qué no dejas que fluya el tiempo? El tiempo, tú lo sabes, lo va poniendo todo en su lugar, lo cura todo, como decimos. Pero no seas tú la protagonista.

Estuvimos toda la noche hablando de cosas sin importancia. Vicky intentaba que me evadiera de mi preocupación y quitarle importancia. En aquellos momentos me daba cuenta de la clase de amiga que tenía, una amiga de raza especial.

Al día siguiente regresé a mi casa. Después de cenar me senté en el sofá para leer un libro. Era muy tarde, pero no tenía sueño. Entonces escuché la cerradura de la puerta. Temblé. Mi marido entró en el salón.

–Vaya, vaya, la señora me está esperando. –Por la forma de hablarme, observé que estaba bebido.

–¿Qué pasa, cariño? ¿Me esperabas para echar un polvo?

Lo miré fríamente, jamás me había hablado de semejante forma.

–Por favor, Agustín, creo que deberías tranquilizarte y ducharte.

Se vino hacia mí, me arrancó el libro de las manos y lo tiró al suelo.

–¿Me estás llamando guarro? Puta.

Me levanté y le di un bofetón que le hizo sangrar por las comisuras de la boca. Me agarró fuertemente por la cintura y me atrajo hacia él.

–Te vas a beber la sangre de mis labios.

Intentaba besarme en la boca. Me tiró en el sofá. No podía barajarle. Tenía mucha fuerza, era un hombre que hacía mucho deporte. Me arrancó la blusa, el sujetador, rompió mis bragas. Se bajó los pantalones, intentaba penetrarme, pero al ver que no podía me dio un puñetazo que me dejó semiinconsciente.

Podía sentir cómo se introducía dentro mí, sus bruscos movimientos, que me hacía daño, sus gemidos, y cómo caían sus babas en mi cara. Su cuerpo tembló, dio un gruñido. Sentí un fluido caliente dentro de mi vagina. Poco a poco fui recobrando el sentido. Él, extenuado, yacía encima mía. Al instante, se levantó, se subió los pantalones y, dando un portazo, salió de casa.

Aquel momento se volvió interminable, como si me hubiesen conducido hacia el infierno. Me dirigí a la ducha, pero antes me miré en el espejo.

Tenía una cara horrible, empezaba a aparecer un moratón en la mandíbula. Mi cuerpo estaba lleno de magulladuras. Me sentía una puta, una maltratada, una verdadera porquería... Un llanto descontrolado hacía temblar mi cuerpo.

El agua de la ducha comenzó a calmarme. Al salir, eché los cerrojos de seguridad de la puerta de la calle, por si mi marido regresaba. Tenía el cuerpo totalmente dolorido. Me di una crema antiinflamatoria y me tomé un calmante. No sabía qué más hacer, no podía llorar, no me salían las lágrimas. Era una sensación extraña entre la repugnancia y el dolor. Si lo denunciaba, los que saldrían perjudicados serían mis hijos. Mi hijo, que trabajaba con su padre; mi hija, pobre mía, cómo le responderían el bobo de su marido y la familia de él. Sería un impacto terrible para todos. Además, yo tendría que manifestar mi bisexualidad.

La pastilla empezaba a hacer efecto. Poco a poco me fui quedando dormida.

VI

Me desperté con el cuerpo aún dolorido. Me tomé un café y otro calmante. La hinchazón de la mandíbula había bajado y ya no estaba tan morada. Al tocarme me dolió.

No podía ir a trabajar, me encontraba mal, tanto física como anímicamente.

Llamé al trabajo y hablé con el director, le dije que me había dado un golpe en la ducha y estaba toda magullada. Me dijo que no me preocupara, que descansara y me cuidara.

Estaba desorientada, ¿a quién dirigirme?, ¿a quién podía contarle lo que me había pasado? Recordé a Vicky, ella trabajaba en un hospital de nuestra zona.

Al oír su voz sentí cierta paz.

–¿Qué ocurre, Noe? –su voz sonó con preocupación. Yo nunca la había llamado al trabajo.

–Siento molestarte... Yo...

–Déjate de tonterías. Vente para el hospital, tengo una hora para el desayuno.

Cuando llegué me estaba esperando en la puerta del hospital.

–¿Qué te ha pasado? ¿Y ese golpe?

No sabía cómo empezar a contárselo.

–Vamos, Noe, me estás preocupando.

–Anoche, Agustín me dio un puñetazo y me violó.

La expresión de su cara cambió, se puso furiosa.

–Por Dios, Noe... Vamos a que te vea el médico y después pondremos la denuncia.

La sujeté por el brazo.

–No, por favor, Vicky. Tomemos un café.

Podía sentir su mirada, no me atrevía a levantar la vista de la taza del café.

–¿Qué piensas hacer, quedarte así, pensando? –preguntó furiosa.

–Por favor, Vicky, tú tienes una hija. Sabes que en estos casos lo más perjudicados son los hijos.

–No digas tonterías, tus hijos son ya mayorcitos.

–Sí, pero mi hijo trabaja con su padre y mi hija, sabes el marido y la familia política que tiene.

–Noe, a veces en la vida tienes que coger el toro por los cuernos y... –no la dejé terminar la frase.

–Por supuesto, y tú sabes que yo lo he hecho, pero ahora es distinto. Sería una lucha cruel y mis hijos sufrirían de ver a sus padres enfrentados y saber encima lo que ha hecho su padre. Además, tú sabes, por propia experiencia, y no te lo estoy echando en cara, que en estos casos la lucha es feroz y Agustín tiene amigos muy influyentes y contactos con prestigiosos bufetes de abogados. Eso sin contar con que yo tendría que visualizar mi bisexualidad. Terminaría perdiéndolo todo. Y lo más importante, a mis hijos.

Mi amiga sabía que lo que decía era la verdad y, viendo mi tristeza y dolor, cambió su forma de expresarse.

–Bueno, cielo, no te preocupes, ya iremos viendo las formas de actuar. ¿Quieres que te eche un vistazo el médico? Le podemos decir que te has caído en la ducha.

Sonreí.

–No, anda. Vuelve a tu trabajo. Me encuentro mejor.

–Ven a buscarme, comeremos juntas. Iremos a mi casa, seguiremos hablando y te daré una crema para esas magulladuras.

No quería volver a casa, sabía que estaría María, y a ella no podía contárselo, nos quería mucho y tampoco quería mentirle. No tenía tampoco deseos de irme de compras. Me fui a un bibliocafé, leería alguna cosa.

Cuando llegó la hora de la salida de Vicky del trabajo me fui a esperarla. Entramos en su casa...

–Anda, pasa al dormitorio, quítate la falda y la blusa, voy a por la crema que está en el baño.

Sentía la suavidad de sus manos, su cálido aliento. Se había sentado en uno de los laterales de la cama. Yo estaba de espalda. Empecé a notar una dulce sensación y el vello empezó a erizarse. Me volví y vi sus ojos, no sabría bien definir su expresión. La atraje hacia mí y besé sus labios. Ella

intentó apartarse, pero fue cediendo. Sentí que una ola de suave calor me invadía.

Desabroché su blusa y su sujetador, surgieron unos hermosos pechos blancos, con unas aureolas pequeñas. Se los acariciaba con mi boca, su cuerpo temblaba. Me rodeó con sus brazos, sus manos acariciaban mi espalda. Juntamos nuestros cuerpos desnudos. La tibieza de nuestra piel entraba por nuestros poros. Mis muslos se hallaban humedecidos, estaba a punto de llegar al clímax. Mi boca bajó a su pubis, a su sexo. Ella empezó a gemir. Mis dedos la penetraron mientras mi boca se deslizaba por sus pechos. Su cuerpo convulsionó y dio un fuerte gemido. La miré a los ojos, y entonces ella bajó su mano e hizo lo mismo, besándome en los labios. Sentí cómo me llegaba un fuerte orgasmo. Plegó su cuerpo al mío, y nos quedamos dormidas.

Cuando me desperté, estaba sola en la cama. Temía a la reacción de Vicky, me vestí y salí al salón. Ella estaba en la cocina y se volvió al sentirme entrar.

–Por favor, no digas nada.

Me quedé callada.

–Come, se va a enfriar.

Comimos en silencio, pero yo sabía que lo que había sucedido habría que hablarlo. Cuando ya salía por la puerta de su casa, me volví.

–Yo... –cerró mis labios con sus dedos.

–Esto ha sido *cosa* de las dos. Espero que no intentes evitarme.

Le sonreí.

–No, Vicky, creo que ya no podré evitarte. Podría ser que tú a mí sí.

Ya en mi casa, no podía dejar de pensar en lo que había sucedido, en el placer tan intenso que había experimentado. Recordé la tibieza del cuerpo de Vicky, la suavidad de sus manos. Sentía el sudor de mi piel, lo toqué con mis dedos, se había mezclado con el suyo.

El agua de la ducha me hizo volver a la realidad, me dolían los moratones. Vicky... ¿Cómo había podido suceder? Siempre había sabido controlar mi vida, trazar lo que quería conseguir y ahora... Pensé en Paula..., en sus ojos tan azules, sus labios, sentí un ligero escalofrío. Quería dejar de pensar. La noche lo envolvía todo de caminos cerrados.

VII

Me levanté temprano. Quería ir al trabajo, me encontraba mejor. Cuando entré en la sala, Laura me preguntó:

–Noe, ¿cómo te encuentras? Nos tenías preocupados.

La tendría a ella, porque Jaime no había levantado la vista de los papeles de su mesa.

–¡Oh! Gracias, Laura, mucho mejor.

Hice un esfuerzo para concentrarme y realizar mi trabajo.

–Oye, Noe –me dijo Laura–, ¿terminaste los expedientes? Tienes que llevárselos a José Manuel –era el director–. Aunque creo que hoy no viene.

–Sí, gracias, Laura, de todas formas se los llevaré ahora.

Intenté abrir la puerta del despacho, pero estaba cerrada. De pronto se abrió, y Jaime salió seguido de una profesora que tenía fama de *ligerita*.

–Hola, Noe, esta puerta se encasquilla –dijo con cierta sorna. Lo miré, tenía la cara manchada de barra de labios.

–Anda, guapo, límpiate la boca, antes de que te vea tu mujer.

¿Qué debería hacer?, ¿contárselo a Laura? Cualquier camino que eligiese no sería bueno. Al entrar en la sala, ella tenía cara de felicidad.

–Noe, te voy a dar una buena noticia: me acaban de confirmar de la clínica que estoy embarazada.

Ahora estaba segura de que no se lo diría. Qué vengativa era la vida, ella odió siempre el comportamiento de sus padres y ahora se encontraba en la misma situación.

Al salir del trabajo, sentía pena por ella. Me consolé pensando en que el bebé lo haría recapacitar y empezar a valorar lo que tenía. Pensé en mi marido, y mi cuerpo tembló. Debía enfrentarme a lo que me había hecho, decírselo a mis hijos. No podía vivir ya con él.

Decidí aquella tarde no pensar, y me fui a uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Tras abrirme el portero la puerta y entrar, me quedé paralizada: al fondo, en una mesa con un grupo de amigos, se encontraba Paula. Iba a retroceder, pero ya me había visto. Alzó su mano y vino hacia mí.

–¡Qué alegría, Noe! –dijo mientras me besaba.

–¿Qué tal, Paula?

–Perdí tu número de teléfono. Se lo pedí varias veces a tu hijo –se echó a reír–. Me decía que no me lo daba hasta que no nos viéramos.

–Francisco es como un niño –le contesté sonriendo–. Por favor, no dejes a tus amigos...

–No les importará, tomábamos una copa. Comeremos juntas. Te debo una.

Se dirigió al *maître*.

–Por favor, Jorge, búscanos una mesa para dos.

Allí estaba yo, delante de ella que me sonreía.

–Pediré dos solomillos a la plancha con guarnición de verduras, es la especialidad.

Bueno, Noe, ¿qué tal te va todo?

Mientras me hablaba, sus ojos, aquellos ojos tan azules, claros como las aguas de un mar de islas vírgenes, se clavaban en los míos.

–Pues, la verdad... –pensé: si tú supieras... –, no me va mal...

–¡Uy!, qué respuesta más evasiva. –Se echó a reír. Qué dientes tan blancos y perfectos tenía–. Noe, por favor, te noto tensa.

Tenía razón, estaba cada vez más furiosa por mi timidez ante ella, que se iba poniendo cada vez más borde. Decidí reaccionar.

–Será porque tú me haces sentir así.

Se quedó seria.

–¿Te molesto? –empezó a indignarse.

Pensé: ahora te vas a enterar.

–No, ¿por qué? Eres una de las mejores amigas de mi hijo.

–¡Ah! ¿Por eso has aceptado comer conmigo? –Se estaba poniendo cada vez más furiosa, aunque sabía guardar las formas. Ahora tenía yo la batuta.

–¿Qué te creías? ¿Qué pensabas, encanto?

–No me levanto y me marcho por cortesía. Eres una borde, una auténtica borde.

Con toda mi sangre fría le dije:

–Yo creo que la borde eres tú, que tienes un ego que ni siquiera te lo aguantas.

Pero ¿por qué la tenía que tratar de esa forma?

–Será mejor que me marche.

Intentó levantarse. Cogí su mano.

–Por favor, Paula, no suelo ser así de grosera, no sé lo que me pasa contigo.

Ella siguió sentada y llevó mi mano a sus labios. Sentí una sensación dulce en el estómago. Se echó a reír.

–Yo sé lo que te ocurre.

–No empecemos, Paula.

–De acuerdo. Anda, comamos que se enfría.

Se produjo un silencio, quizás íntimo.

–Oye –me dijo–, ¿quieres que tomemos una copa en mi apartamento? Me gustaría que lo vieras, a ver si te gusta. Es un ático.

Tenía que decirle que no, resistirme, controlarme, echarle valor... No pude, no era capaz.

–Como tú quieras.

Estábamos ya en la puerta del ático. Habíamos subido en el ascensor sin hablarnos, como dos desconocidas que se bajaban en plantas distintas.

–Pasa, ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa.

El apartamento estaba decorado con mucho detalle, en un estilo que mezclaba lo moderno y lo antiguo.

–Voy a quitarme estos pantalones, me están demasiado ajustados.

Me senté en el sofá. Nerviosa, presentía que iba a ocurrir algo, y ocurrió. Paula apareció de nuevo en el salón, pero esta vez llevaba puesta una especie de camisola de encaje, blanca, que le llegaba al principio del muslo. Era totalmente transparente y podían verse sus pechos. No llevaba bragas. Sentí como una ola de calor me recorría todo el cuerpo. No sé por qué motivo ni cómo me puse de pie. Vino hacia mí, me rodeó con sus brazos y besó mi boca. Sentí en mis muslos una tibia humedad.

Nos dejamos caer en el sofá. Sus manos expertas me desnudaban. Se quitó la camisola. Nuestros cuerpos se juntaron, percibíamos la tibieza de ellos.

Su boca buscaba la mía. Nuestras manos recorrían toda nuestra piel, notábamos cómo nuestro vello se erizaba, cómo rompían el silencio nuestros gemidos. Ella entonces bajó sus manos a mi sexo y empezó acariciarlo, sus dedos expertos me penetraban, su lengua se deslizaba en la mía. Sentí que me iba a llegar el clímax total. Mis manos buscaron su sexo y penetré su cuerpo.

Nuestros cuerpos temblaban, y eclosionaron al mismo tiempo mientras los roncadores gemidos del placer surgían de nuestras gargantas. Nos miramos en la profundidad de nuestros ojos. Besó mis labios y acarició mi cara. La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí.

–Noe, amor mío.

Cubrimos nuestros cuerpos con la manta del sofá y nos quedamos dormidas. Cuando abrí mis ojos, ella tenía su cabeza apoyada en mis senos desnudos. Alzó la vista.

–Bésame...

Busqué sus labios y la besé suavemente. Miró mis brazos.

–Noe, ¿y estos moratones?

–No pasa nada, cielo.

Se incorporó y se fue fijando en el resto de ellos.

–Por Dios, Noe, ¿qué te ha pasado? Por favor, dímelo.

–Anda, no te levantes, permanezcamos juntas unos instantes más. No te lo puedo decir, amor. Por favor, respétame.

Se calló y reclinó su cabeza en mi pecho. No quería que aquello terminara nunca. No podía describir el placer que había sentido cuando nuestros cuerpos se juntaron, cuando sus manos rozaban mi piel, cuando nuestros sexos se unieron. Quería detener el tiempo. Ella con sus dedos tocaba suavemente mis cardenales.

–¿Te duele?

–No, amor, ya no... No te preocupes.

Besó mis labios.

–Te quiero, Paula, te deseé desde el primer momento en que te vi. No sé cómo pudo suceder, no lo entendí ni lo entiendo. Sin conocerte, sin saber cómo eras..., despertaste mi bisexualidad. Quería morirme al mismo tiempo que quería vivir.

–¡Oh!, Noe, yo soy bisexual. Cuando te vi, sentí una especie de vuelco en mi corazón y un cálido fuego correr por mis venas.

Se hizo un silencio, nuestros ojos querían penetrar en la profundidad de nuestros corazones. Sonó el móvil. Era mi hijo.

–Mamá, ¿dónde estás? Estoy en casa, creí que estarías aquí. Quería verte, mami, no me encuentro bien.

Me asusté.

–¿Estás enfermo?

–No, mamá –se oyó una risa sarcástica–, ojalá fuera eso. ¿Dónde estás?

–No te preocupes, ahora voy para allá. Estoy en la *boutique* donde suelo comprarme ropa.

Paula me miró. Ella me había puesto su camisola mientras yo hablaba por teléfono. Se había vestido y se acercó a mí.

–¿Por qué no le has dicho dónde estabas?

–No sé... Yo...

–Quédate conmigo esta noche, Noe, por favor.

–No puedo, cariño. Mi hijo me necesita. No se encuentra bien.

–Yo creo saber qué le ocurre.

La miré con extrañeza.

–Ayer cenamos juntos... Me pidió ¿relaciones? No sé cómo decirlo... ¿Qué fuéramos pajera?

Sentí una tristeza infinita.

–Lo siento, Noe, yo sólo lo quiero como un amigo y se lo dije. También le dije que yo estaba enamorada de otra persona.

–Paula, yo...

Se acercó a mí y cogió mi cara entre sus manos.

–Mira, Noe, lo tengo muy claro, si tú no quieres que estemos juntas..., no seré pareja de nadie. Además, me iré a Francia. Mi padre quiere que vaya a revisar unos viñedos que tiene en la campiña francesa. No creas que te estoy amenazando, no podría soportar estar cerca de ti y no poder tenerte.

–Tú no lo comprendes... Es mi hijo.

–Sí, es tu hijo..., pero porque tú renuncias a nuestro amor yo no voy a ser para él.

No sé ni cómo conseguí vestirme, la cabeza me iba a estallar. No podía renunciar a ella, mucho menos ahora, después de haber hecho el amor. Se había introducido hasta en mis venas, en mi alma...

–Cariño –le dije–, ni siquiera saben que soy bisexual.

–Pues, mira, mejor –contestó–. Con eso lo dices todo de golpe.

Sonreí. Se veía que tenía un carácter fuerte y que habría sufrido mucho en la vida. Se acercó a mí y besó mi boca.

–No te olvides, Noe: si no soy para ti, no seré para nadie.

Mientras conducía camino a mi casa, creía vivir una historia que no era la mía. Era incapaz de controlar, reciclar todo lo que me estaba ocurriendo. ¿Qué somos en realidad, personajes de una comedia que ya está escrita? ¿Podríamos nosotros rechazar o aceptar esos personajes? Entendía que nuestra misión consistía en caernos y levantarnos. Tener el coraje y la valentía de afrontar la realidad y aceptarla, no cambiarla, sino acoplarnos a ella.

Abrí la puerta de mi casa. Mi hijo estaba en el salón, con una copa de vino al lado de una mesa preparada con una cena a base de platos de mariscos e ibéricos. Le sonreí, no quería mostrarle mi sufrimiento.

–Qué detalle –le dije mientras le daba un beso.

–Para mi madre, lo mejor.

Sentí una punzada de dolor.

–Bueno, cariño, voy a lavarme las manos.

Quería darme tiempo para ir preparándome para lo que él me iba a decir y que no notara mis sentimientos.

–Por favor, hijo, sírreme una copa de vino.

Mi cabeza parecía un torbellino de sentimientos encontrados.

–Ya ves, mamá, tu hijo, al que tú consideras brillante y guapo, no tiene suerte en el amor.

Su rostro reflejaba tristeza. Yo prefería estar callada a la espera de que él se desahogara.

–Quiero a Paula, mami, pero ella parece estar enamorada de otra persona.

Creí que no podía controlar mi llanto.

–¿Y sabes? No sé si de un hombre o de una mujer. Me ha dicho que es bisexual. Bisexual, en el fondo quizás haya sido lo mejor. Esas personas no merecen ningún tipo de respeto, tienen que tener valor y ser unos caraduras para decir que lo mismo les gusta un hombre o una mujer. Para mí carecen de valores morales.

Sentí como una especie de mareo. ¿Cómo podía pensar mi hijo de esa forma, sin saber cómo y por qué nos sentíamos de esa condición?

–Yo creo, Francisco, que estás juzgando, *algo*, que ni si quiera conoces.

–Y ojalá nunca lo conozca mamá. Para mí no merece la pena saber unos motivos que ellos creen que son a consecuencia de haber nacido de esa forma.

–Pero, hijo...

–No, mamá, no tienen justificación.

Miraba a mi hijo y no lo conocía. Siempre lo había considerado una persona tolerante, maduro, generoso y comprensivo.

_Pero a pesar de todo lo que pienso, la adoro, la quiero y no me importa si es lesbiana, hetero o bisexual.

Me miró a los ojos, ¿qué podía decirle? No encontraba palabras. Me sentía dolida, indignada. Dolida por amar a la misma mujer que amaba mi hijo, indignada porque él estaba juzgando y condenando sin conocer, sin razonar...

–¿Por qué me miras de esa forma, mamá?

–¿De qué forma te miro?

–Bueno, mamá, no me irás a decir que tú estás a favor de esas personas que les da lo mismo acostarse con un hombre que con una mujer.

–Creo que te estás pasando. ¿Tú crees que es sólo sexo?

–Dejémoslo, mamá, veo que te estás posicionando a favor de Paula y no me gusta. Yo la querré mucho, pero no apruebo como es. Vamos, bebamos otra copa, por nosotros.

Mientras me llevaba la copa a mis labios hubiera dado cualquier cosa por estar muerta. Mi hijo, no sé si por la expresión de mi rostro o porque

prefirió zanjar el asunto, comenzó a hablar de tenis, su deporte favorito. Cuando se marchó, me derrumbé en la cama. El llanto hacía temblar mi cuerpo.

VIII

Había tomado varias infusiones para encontrar la calma que mi corazón me impedía, pero la noche fue terrible y hubo un momento en que creí perder la razón. Di gracias a Dios a la llegada del día y, con él, poder ir a trabajar.

Laura y Jaime parecían estar muy contentos. Me alegré por ellos, el bebé parecía unirlos más. Tras salir del trabajo, me dirigía a coger mi coche cuando oí que me llamaban. Me volví ante aquella voz conocida. Era Paula. Sentí una dulce sensación en el estómago.

–Uf, Noe, creí que no te alcanzaría. ¡Qué rápido caminas!

Me dio un fugaz beso en los labios. No pude evitar sonreír..., qué borde era.

–Por favor, Paula...

–¿Qué ocurre?, ¿de qué nos tenemos que ocultar? ¿No hablaste con tu hijo?

Si ella supiera...

–No, no tuve valor. Lo siento, Paula.

Se paró en seco.

–Creí que eras más valiente.

–No es cuestión de valentía, a mí no me hace falta. Es por el dolor que pueden recibir mi hijo..., y el resto de mi familia.

–Pues, por lo que he podido apreciar, no creo que tu marido se merezca ningún respeto. ¿Te crees que soy boba?

Me quedé sorprendida. Ella se había dado cuenta de quién me había hecho las magulladuras.

–Bueno, anda, cariño, no te disgustes –me cogió por el brazo–, comamos en mi casa, he preparado una comida especial. Vamos en mi coche, mañana recoges el tuyo.

Según andábamos, me miró de arriba abajo.

–Mira que estás..., te lo voy a decir a lo bruto, *buena*, con esos vaqueros ajustados y esos zapatos de alto tacón.

No pude por menos que echarme a reír.

–Yo pienso lo mismo de ti, con ese vestido tan estrecho y ese escote tan enorme.

Soltamos las dos una carcajada. Al lado de ella me sentí totalmente feliz, plena. Pero pronto nuestros planes se derrumbaron. Sonó su teléfono, y la expresión de su cara cambió.

–Ahora vamos para allá, Alberto. Estoy con su madre– dijo a su interlocutor–. Alberto está con tu hijo. Francisco está bebido. Están en una cafetería en el centro de la ciudad.

Íbamos en el coche de Paula, era incapaz de decir una palabra. No quería ni pensar. Ella me miraba de vez en cuando.

–Tú no tienes la culpa. Por favor, Noe, reacciona. Di algo.

–No puedo, Paula, soy incapaz incluso de pensar.

Mi hijo jamás se había encontrado en esa situación.

–No quiero presionarte, pero tendrás que dar una solución a todo esto.

Cuando llegamos, estaban fuera de la cafetería. Francisco estaba sentado en el coche de Alberto con la puerta abierta, vomitando. Era una imagen deplorable. Al sentirnos llegar, levantó la vista.

–¡Ah! Las dos mujeres que más quiero en el mundo.

No pude evitar que las lágrimas fluyeran en mis ojos. Paula me cogió la mano y la apretó.

–Noe, no te preocupes –dijo Alberto–, les daré una propina a los camareros para que limpien todo esto. Cerca de aquí hay un parque y creo que una farmacia. Le daremos unas pastillas que hay para estos casos.

Nos fuimos al apartamento de Francisco. A él lo llevó Alberto y a mí, Paula. Ella se bajó conmigo. Cogió mi mano y la puso en su cara.

–Noe, amor mío, no te preocupes, no sufras, por favor. Todo se irá solucionando– y mientras lo decía, sus ojos estaban brillantes, a punto de surgir sus lágrimas.

–Dime que me amas, por favor –me dijo.

Acaricié su cara.

–Te amo, Paula, te amo tanto, amor mío, que puedo sentirlo hasta en mi alma.

La vi alejarse en su coche. Ya no tenía fuerzas ni para llorar. Alberto había subido a mi hijo a casa. Me dio dos besos y me dijo que no me preocupara, que la pastilla le haría enseguida reacción. Me acerqué a la cama donde estaba acostado. Me miró con tristeza y todavía con los efectos de la bebida.

–Mamá, estoy muy avergonzado.

Lo besé.

–Vamos, cielo, esto puede ocurrirle a cualquiera.

–No, mamá, a mi edad, y con la educación que tú me has dado, no. Y encima me ha visto Paula.

Sentí un nudo en mi garganta.

–Vamos, cariño, duérmete. Mañana será otro día y lo verás de otra manera—le decía mientras acariciaba su pelo con mis manos, como cuando era pequeño, y se fue quedando dormido.

No quise dejarlo solo y me quedé en su apartamento. Ya en la cama, era incapaz de pensar, de concentrarme en ningún punto de mi vida. Me consideraba culpable de lo que le había ocurrido. También pensaba que Paula lo había quedado claro: ella sólo lo quería como un amigo. Apareció de nuevo ese dolor silencioso que poco a poco se va apoderando del cuerpo, hasta paralizarlo.

IX

Me despertó el beso de mi hijo.

–Hola, mami, buenos días. Levántate o llegarás tarde al trabajo.

Lo miré, tenía unas profundas ojeras.

–¿Cómo te encuentras, cariño? –le dije.

–Me duele mucho la cabeza –sonrió–. Me lo merezco. Tú tampoco tienes buena cara.

Nos tomamos un café. Me llevó al trabajo. Preferimos ignorar lo que había ocurrido, porque quizás era mejor no hablar de ello. La mañana en el instituto fue tranquila, no hubo nada que destacase. Justo cuando me dirigía al aparcamiento para coger mi coche, sonó mi móvil. Era Paula.

–Hola, Noe. Te llamo para despedirme de ti.

Sentí un vuelco al corazón.

–Personalmente no tendría el valor para hacerlo. Me marché a la vendimia francesa. Ya te comenté que mis padres tenían unos enormes viñedos y me habían pedido que fuera para allá a ver en qué situación se encontraban. Podrás reflexionar mejor sin mi presencia y sin mis presiones. Te esperaré siempre en esa campiña con un racimo de uvas en mis manos para que nuestras bocas se llenen de ese dulce néctar y lleguen a encontrarse. No regresaré si tú no vas a por mí. Hasta siempre, amor mío.

No me dio tiempo a contestar porque cortó la comunicación. Me quedé clavada en el suelo. Me recosté contra una pared. ¿Qué podía hacer?, ¿correr tras ella? ¿Decirle que la quería más que a mi vida, que no se marchara? Me sentía desgarrada por dentro, ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Recordé entonces a mi hijo, su expresión de dolor. Yo no podía..., yo no debía... Me fui a un parque cercano y me senté en uno de los bancos más apartados, dejando que silenciosas lágrimas se deslizaran por mi rostro. Perdí la noción del tiempo. De pronto sonó mi teléfono, era Vicky quien llamaba.

–Noe, ¿qué ocurre? He ido a tu casa varias veces. ¿No has mirado las llamadas perdidas de tu teléfono?

No era capaz de articular palabra.

–¿Me escuchas? Por favor, Noe, contesta.

–Perdóname, Vicky, no me encuentro bien.

–¿Es por tu marido?

–No, no, si mi marido aún no ha regresado de su viaje.

–Ven para mi casa y hablamos. De paso te miraré esas magulladuras.

Cuando abrió la puerta, observé en su cara un gesto de asombro.

–Por Dios, Noe, ¡qué aspecto tienes! ¿Qué pasa, cielo? ¿Has comido?

–No, gracias, Vicky, no te preocupes.

Se dirigió a la cocina. Me dio una taza con un caldo.

–Tómalo, te puede dar una bajada de glucosa.

Me lo bebí. Cubrí mi cara con mis manos y le conté todo lo que me estaba ocurriendo. Me miraba con una expresión que no sabría definir.

–La verdad es que no sé qué decirte. ¿Por qué no te echas en la cama de Blanca y descansas durante unas horas?

Resultaba curioso, cuando estaba a su lado me sentía segura, me transmitía una dulce sensación de paz. Poco a poco me fui quedando dormida. Al despertarme, vi que la casa estaba en total oscuridad, el calor que daban las sábanas era muy agradable. Miré la hora en el móvil: eran las 7.30. Me incorporé precipitada, llegaría tarde al trabajo. Recordé que era sábado y volví a dormirme.

X

Sentí la mano de mi amiga en mi rostro.

–Vamos, dormilona, son las doce de la mañana, tienes que desayunar. Ahí tienes una toalla y alguna ropa interior mía.

Sujeté su mano con la mía.

–Gracias, Vicky, no sé cómo agradecértelo, hacía días que no dormía tantas horas.

–Qué boba eres, voy a prepararte un café con tostadas y un zumo. Antes te voy a mirar esos moratones.

Descubrí mi espalda y mis hombros. No se atrevió a tocarme...

–Están bastante bien. ¿Te duelen?

–No. La verdad es que casi no los noto.

Mientras desayunaba, la miré. Se llevó un cigarrillo a su boca y lo encendió.

Me extrañó.

–¿Desde cuándo fumas?

–Solo lo hago en las grandes ocasiones.

–¡Ah! –sonreí–, gracias por considerarme una gran ocasión.

Echó su cabeza hacia atrás riéndose. Era guapa y sensual.

–Bueno, cariño, hablemos. Tú ya no puedes dejar todo *esto* oculto.

Qué fácil resulta siempre decir a los demás lo que es correcto. Sonrió.

–Sé lo que estás pensando. ¿Qué fácil es dar consejos, verdad?

Tuvo que ver en mi rostro el infierno en el que estaba sumergida. Cogió mis manos entre las suyas.

–Háblame, Noe. Sácalo todo de tu interior, cariño.

¿Qué podría decirle? Estaba sumergida en un profundo pozo, donde todo era oscuridad, donde los sentimientos habían derrotado a la razón. ¿Por dónde tendría que empezar? Me abrazó.

–Noe, por favor, dime algo.

Para qué hablar más –pensaba yo.

–Por Dios, has sido siempre una mujer muy valiente, con mucho carácter, no soportabas la sensiblería. Y tus máximas: vivir el presente que es lo que tenemos, olvidar el pasado que jamás retornará y no esperar del futuro que te dé todo lo que deseas. ¿Dónde está esa mujer?

–No lo sé, no lo sé. Dentro de mí se ha derrumbado todo lo que era, todo lo que yo había forjado día tras día, y ahora soy incapaz de rehacer el puzle, en lo que se ha convertido mi vida.

Interrumpió la conversación mi teléfono. Era mi marido.

–¿Dónde estás? ¿No deberías estar en tu casa?– preguntó, sin un cómo estás, o un perdóname, o ya hablaremos.

–Estoy con Vicky, me voy a quedar en su casa hasta que hablemos.

–Yo no tengo nada que hablar contigo.

–Lo siento, pero no iré a casa hasta que no hayamos hablado. Si quieres, podemos encontrarnos en el restaurante que está al lado de casa.

–Dentro de veinte minutos estoy allí.

Vicky me miró a los ojos.

–¿Voy contigo?

–No, cielo, esto es algo que debo solucionar yo sola.

Me dejó ropa, me puse la más discreta de las que Vicky me había ofrecido, no deseaba llamar la atención de mi cuerpo. Cuando entré en el restaurante, lo vi, estaba de espaldas a la puerta.

_Hola, Agustín.

Ni siquiera se levanto.

–Hola, Noe, ¿qué vas a tomar?

–Una copa de vino del que tú bebes.

Quería beber alcohol para tomar fuerzas. Llevé la copa a mis labios. Él me miraba fijamente.

–Bien, ¿qué es lo que tienes que decirme?

Estaba cortante, poseído de su ego. No valoraba lo que me había hecho. Tenía dos opciones, o ponerme más borde que él o pasar a ser una sumisa patética. Decidí tranquilizarme.

–Pienso que eres tú quien tendría que decir algo.

–Yo no tengo nada que decir.

No comprendía cómo había estado con un hombre durante tantos años sin haberlo llegado a conocer. Me sentía mal, me fui enfureciendo y no lo pensé más:

–Muy bien, voy sin rodeos: soy bisexual.

Se levantó y dio un puñetazo en la mesa. Nuestras copas se precipitaron al suelo, y la gente que cenaba junto a nosotros comenzó a mirarnos.

–Entonces, era eso. Eres una *pu...*, boyera. ¿Y ahora te das cuenta, a tu edad?, ¿o es que me has estado engañando todo este tiempo mientras yo estaba viajando?

Creí morirme de vergüenza. Se acercó un hombre a nuestra mesa y dirigiéndose a él le dijo.

–Haga el favor de tener un respeto a la señora.

– ¿A usted que le importa? Haré lo que me...

No pudo terminar la frase. Aquel desconocido le dio tal bofetada que lo hizo tambalear. Mi marido intentó reaccionar, pero los camareros lo sujetaron. Aquel hombre me agarró cariñosamente el brazo y me dijo:

–Señora, venga a nuestra mesa con mi pareja... Bueno, según su acompañante, *una puta maricona*.

Pero no podía ni hablar. Mi marido me cogió del brazo y me sacó del restaurante.

–Vas a volver a tu casa, conmigo. Luego veremos qué es lo que eres en realidad.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me solté de su brazo.

–No pienso irme contigo a ningún lugar. Me voy al piso de Vicky.

–¿Qué, te la estás tirando?

Intenté abofetearlo, pero me sujetó con fuerza el brazo. Sabía que me estaba haciendo daño.

–Ni se te ocurra. Ya puedes llamar a tus hijos para comer mañana todos juntos. Estoy deseando verles las caras cuando les digas que eres homosexual.

Se dio media vuelta y se marchó. Sentí como un vértigo, como si fuera a caer a un pozo. Y tuve que apoyarme en la pared.

Nada más abrirme la puerta, Vicky hizo un gesto de asombro.

–Por Dios, Noe, ¿qué ha ocurrido? Qué expresión tan dolorosa tienes.

Me senté en uno de los sillones y cubrí mi cara con mis manos. Los sollozos hacían que mi cuerpo temblara. Me trajo una taza de café.

–Vamos, tómatelo, te ayudará.

Seguidamente encendió un cigarrillo. Esperaba pacientemente a que yo hablara. Referí todo lo que había pasado, excepto lo de “te la estás tirando”. Inhaló una fuerte bocanada del cigarrillo y fue expulsando el humo poco a poco por la nariz y la boca. Sabía también que intentaba tranquilizarse ante mí.

–¡Qué desgraciado! ¿Qué piensas hacer?

–No lo sé, Vicky... Mis hijos... Yo...

–Ahora no puedes venirte abajo, Noe. No dejes que te amenace. Háblalo con tus hijos y diles también lo que él te hizo.

Se hizo un profundo silencio. Vicky me zarandeó ligeramente.

–Vamos, por favor, reacciona. Tú no tienes la culpa de lo que te ha pasado. ¿Con qué clase de hombre has estado conviviendo?

–Ya no sé qué pensar de él. Mi vida ha sido fácil. Agustín viajaba siempre. Teníamos un alto estatus económico. Mis hijos me dieron los problemas normales de la adolescencia. Mis relaciones sexuales con mi marido fueron siempre muy placenteras, quizás porque él estaba siempre de viaje y cuando regresaba jamás le negué tener sexo.

–Eso ha supuesto, Noe, que en lugar de reconocer la suerte que tenía por tener una mujer como tú, se creyera con derecho a tenerte cada vez que él quisiera.

Apagó el cigarrillo y continuó hablándome.

–Qué diferente a mi vida. Mi marido era ya un sinvergüenza y un mujeriego antes de casarnos. Fui tan ilusa que pensaba que yo lograría cambiarlo, y lo que conseguí, por aceptarle sin que antes hubiera cambiado, fue potenciar más su carácter y su ego. Tendría que haber sido más dura con él. Aunque, por otro lado, tengo que reconocer que me ha dejado lo único bueno y maravilloso que hay en mi vida, mi hija.

Vicky estaba dispuesta a sincerarse, y yo necesitaba que alguien me contara su dolor para aliviar el mío.

–Mi vida no ha sido fácil, Noe. Mi madre murió de un infarto cuando apenas yo tenía tres años. Mi padre no lo aceptó nunca. Me tuvo de colegio en colegio, interna. Eso sí, en muy buenos colegios. Fue siempre una persona amargada y poco cariñosa. Cuando me casé, prefirió quedarse solo. A los pocos años de casarme le diagnosticaron un cáncer de pulmón. Tengo que reconocer que supo llevar muy bien la enfermedad, nunca se quejó ni demostró dolor. Murió con dignidad y a mí me queda el orgullo de haber estado a su lado hasta que expiró.

Era la primera vez que mi amiga abría de esa forma su corazón. Su vida no había sido nada fácil y ella había sufrido muchísimo, por lo que transmitían sus palabras. Sin embargo, ese sufrimiento no la destrozó como persona, ni cambió su humildad. Al contrario, la enriqueció en valores y en cariño hacia los demás. Supo ser valiente y al mismo tiempo generosa. En el fondo de mi alma, di gracias a Dios por tener el privilegio de haber puesto a Vicky en mi camino.

Después de cenar, me tomé un tranquilizante y dormí profundamente durante toda la noche.

XI

Vicky me despertó.

–Vamos, cariño, despierta, nos vamos de compras.

–Pero...

–Tú no vas a presentarte de cualquier forma ante tu marido y tus hijos.

No me reconocía en aquel espejo con aquellos pantalones ajustados a los muslos y la chaqueta ceñida a las caderas; una camisa con varios botones desabrochados, por donde se podría apreciar el canal de mi pecho.

–Perfecta –dijo Vicky con admiración–. Cuando llegues a tu casa, saca el genio, ese ego, ese carácter tan tuyo y a veces cruel...

–¿Cruel yo? –le dije sonriendo, y se echó a reír.

Abrí la puerta de mi casa y sentí un subidón de adrenalina. Mi ego surgió con toda su fuerza. Percibí, mientras entraba en el salón, la mirada de admiración de mis hijos y la frialdad de mi marido. Mi yerno me miró con cara de asombro, cosa que no me extrañaba si me comparaba con su madre. Mi nieto me abrazó.

–¡Abu! Te quiero. ¡Qué guapa estás!

Ante la reacción de mi nieto estuve a punto de perder mi fuerza. Mi marido les debería de haber dicho que dejaran al niño con sus otros abuelos.

–¿Quieres un vinito, Noe? Para coger impulso– soltó cínicamente mi marido.

–Sí, de ese mismo que bebes tú– le espeté mientras lo desafiaba con una mirada fría y segura.

Me llevé la copa a mis labios y bebí lentamente.

–Bien, Noe, estamos impacientes por saber lo que tienes que decirnos.

Dejé serenamente la copa en la mesa, y miré a todos.

–Muy bien, ya que vuestro padre ha querido que suceda de esta forma y yo no considero que deba avergonzarme de nada, tengo que decir que ha aflorado en mí la bisexualidad. Siento un dolor profundo en mi corazón al decir esto. El que no me avergüence de ello no quiere decir que no

me duela y me sienta impotente. Lo que he tenido siempre claro es que tenía que decíroslo, yo no quería morir sin haberos dicho mi verdad, os lo debo a vosotros y me lo debo a mí misma.

Se hizo un silencio que cortaba hasta el mismo aire. La expresión de los ojos de Lidia, no sabría definirla. Se levantó y se fue al cuarto de baño, podíamos escuchar sus vómitos. Francisco, por su parte, se quedó paralizado con la copa en la mano. Mi yerno cogió al niño y se marchó de casa. Podía sentir en aquel momento hasta en mi piel la felicidad de mi marido. Tendría que haberles dicho cómo me violó, pero no quería desviar la atención de lo que acababa de revelarles.

Mi hijo me miró como si me viera por primera vez.

–Pero, tú..., mamá, ¿has consultado con el psiquiatra?

Mis sentimientos se mezclaban. Dolor, rabia, impotencia...

–Pero vosotros, ¿qué idea tenéis de la vida?

–¿Nosotros? –dijo cínicamente mi marido–. ¿Y de qué vida?, ¿de la nuestra o de la tuya, de las boyeras?

–Papá, por favor –dijo mi hijo.

–La de los violadores, Agustín, danos tu opinión –le respondí enfurecida.

Dio un golpe en la mesa.

–No te voy a consentir que manipules la conversación.

Mi hijo ni si quiera se estaba dando cuenta de lo que estábamos hablando.
Regresó mi hija al salón, su cara estaba desencajada.

–¿Podemos calmarnos todos? –dijo ella en tono cortante–. ¿Tú sabes el significado que tiene lo que has dicho?

La miré sin pestañear.

–Por supuesto cariño, que me siento igualmente atraída por hombres y por mujeres –respondí con toda mi maldad.

–Por Dios, mamá, no te jactes encima de ello –dijo mi hijo.

–No, déjala, déjala –le cortó mi marido–, que nos demuestre cómo es realmente.

Ya no me sorprendían las reacciones de mi marido.

–Tú eres cristiana, mamá –dijo Lidia–, debes saber lo que dice la Biblia sobre eso.

–Sí, cariño, pero no estoy de acuerdo con la interpretación que hace la Iglesia.

–¿Tú cómo la interpretas?

–Yo considero que la Iglesia se basa en varios textos de la Biblia, y uno de ellos es el referido a la ciudad de Sodoma. Y yo interpreto que la ciudad de Sodoma estaba ya condenada antes del episodio homosexual. No creo que se puedan tener deseos sexuales sobre alguien que no se ha visto, que no se conoce. Tampoco creo que todo un pueblo sea homosexual. Al decir

abusemos no se referiría a una violación en masa, para denigrar a esas personas.

Mi hija me miró con cara de sorpresa y dijo con cierto cinismo:

–No conocía esa faceta tuya de considerarte preparada para interpretar los textos sagrados. Dejémoslo, mamá, lo siento. Si no cambias de actitud, mi hijo y yo nos alejaremos de ti. Papá, Francisco, no me llaméis más para esto.

Se dirigió a la puerta para salir y Francisco intentó sujetarla por el brazo.

–Por favor, Lidia, no seas tan cruel. No te vayas después de haber dicho semejantes barbaridades.

Pero no le hizo caso, y se marchó. Todo aquello resultaba tremendamente doloroso. Mi hijo se acercó a mí y entrelazó sus manos con las mías.

–¿Mamá, te encuentras bien?

–Sí, cariño, no es nada... Se me pasará.

Me daba cuenta de que mi hijo anteponía todo el amor que sentía por mí a cualquier otro sentimiento que pudiera albergar él. Recordé a Paula, y no pude contener mis lágrimas.

–Déjala, Francisco –dijo mi marido con desprecio–, se hace la víctima cuando las víctimas somos nosotros.

–¡Cállate, papá! Mamá, tienes que comprendernos. En esta casa no se ha hablado en profundidad sobre la homosexualidad y creo recordar que, cuando se ha comentado algo, tú siempre has estado en contra de ella.

Tenía razón, y lo más triste era que yo en aquellos tiempos fui crítica con *algo* que yo había sentido en mi adolescencia. ¿Por qué? Hay cosas que hacemos en nuestra vida de las que jamás llegaremos a conocer los motivos por las que las hicimos.

–Debes darnos tiempo –mi hijo seguía hablando–. Y tú, papá, no debes ser tan homófobo ni adoptar posturas tan radicales, aunque entiendo que para ti *esto* sea difícil de comprender.

–¿Homófobo? ¿Radical? ¿Y ella?, ¿qué es ella? ¿No es más radical? No se da cuenta de a lo que nos va a someter. A mí, a las burlas de mis amigos, ¿qué dirán? Pero eso no es lo verdaderamente importante. ¿Qué se supone que tengo que hacer? Después de llevar casado más de treinta años. Cuando nuestro futuro se presentaba pleno, ¿qué soy o qué papel tengo ahora que asumir?

Los argumentos que esgrimía me parecían lógicos, y estaba paralizada por la situación. No sabía qué responder. Intentaba encontrar las repuestas, la presión que sentía me lo impedía.

–Papá, creo que para mamá esto no tiene que ser nada fácil. Yo tenía una idea equivocada de la homosexualidad. Ahora que le afecta a mi madre, tengo que entender que tendrá que ser una condición que no se puede controlar, que se nacerá con ella. Mamá es una mujer con un carácter muy

fuerte, lo ha demostrado siempre y jamás nos ha mentido. Ha sido muy valiente al enfrentarse a su realidad y más valiente al decírnoslo a nosotros.

Me sentía orgullosa de mi hijo, cómo había sabido explicarlo, desde el corazón más que desde la razón. Me levanté y lo besé.

–Perdóname, perdóname, Francisco. Por favor encárgate de los papeles del divorcio.

En aquellos instantes había comprendido que ya no había soluciones con mi marido. La única, el divorcio. Entonces él se vino hacia mí con la mano levantada.

–Serás zorra...

Mi hijo lo paró.

–Por Dios, papá. Pensad en mí. Mamá, por favor, márchate, no te preocupes, haré lo que tú me pides.

Cuando llegué a la puerta del apartamento de Vicky con la llave que ella me había dado, salió al encuentro.

–¿Qué ha pasado, cariño?

–Ha sido terrible, Vicky, pero al menos mi hijo me ha apoyado en todo. Mi marido, aunque se ha comportado como un bastardo, creo que también tenía parte de razón. Ayúdame.

XII

Miraba la lluvia golpear con fuerza los cristales de la ventana, formando líneas de agua que resbalaban por ellos. Había regresado a mi piso al cabo de un tiempo. Todo transcurría sin tomar conciencia de ello. Francisco

había conseguido que el proceso de divorcio no fuera sangrante en ninguno de sus aspectos.

No tuvo que haber sido muy agradable para él, pobre hijo mío. Además de conseguir que me quedara con el piso, consiguió una suma muy importante de dinero. Mi marido no quiso saber nada de mí. Me enteré de que mantenía relaciones con su secretaria, mucho más joven que él, muy atractiva, y me alegré. Hacía meses, además, que no veía a mi hija.

El recuerdo de Paula seguía lacerándome por dentro. No me atrevía a preguntar por ella. ¿Me habría olvidado?, ¿qué estaría haciendo? Sabía que por su hermano que seguía en Francia. En su ausencia, poco a poco fui recobrando mi personalidad. Empezaban a aparecer ciertas líneas profundas en mi piel, Viky decía que me daban hasta más personalidad.

Estaba ensimismada en mis pensamientos cuando sonó el móvil.

–Mamá, ¿comemos juntos? Tengo que darte una buena noticia.

Accedí de inmediato. Al llegar, mi hijo estaba esperándome a la entrada del restaurante donde solíamos ir a comer.

–Mamá, sigues tan guapa y hermosa como siempre. ¿Qué, tienes ya ligue?

–Y soltó una carcajada.

Tuve que sonreír. La verdad es que en la situación en que me encontraba no sentía deseos de nada y tampoco podía apartar de mi pensamiento a Paula.

–Tan simpático como siempre –le dije en tono de broma–. ¿Cómo estás, cariño?

–Entremos, ya te contaré.

Una vez que nos sentamos y pedimos de comer, me dijo emocionado:

–Bueno mamá, ahí va: tu hijo ya tiene pareja.

Sentí una especie de pellizco en el estómago. ¿Paula? Pensé.

–Se llama Estefanía y es arqueóloga, un bomboncito.

Respiré profundamente.

–¿Y Paula?

–Mamá, aquello ya pasó. Ella se marchó, creo que se ha casado o se va a casar... Mamá, ¿qué te pasa? Te ha cambiado hasta el color de la cara.

–¡Oh! Nada, nada. Habrá sido el vino, que es muy fuerte.

Me cogió la cara con sus manos y me hizo mirarlo a los ojos.

–Dime la verdad, mami, Paula y tú... –, y mientras lo decía yo bajé la mirada.

–Por Dios, mamá, ¿por qué no me dijiste nada? Por eso se fue a Francia...

Se levantó y me abrazó. Dejé que las lágrimas fluyeran en mis ojos. Sentía un dolor profundo. Ya en mi casa ,la pena embargaba mi alma. Ella no había sido ni para mi hijo ni para mí. ¿En qué brazos estaría? ¿Qué manos tocarían su cuerpo? ¿Qué labios besarían ahora los suyos?

Sonó la cerradura de la puerta. Era Vicky, a quien había dado una llave y la libertad de entrar sin llamar.

–Noe, ¿qué te ocurre? Vaya aspecto que tienes.

Le conté lo que me había sucedido.

–Cariño, olvídale todo ya. Por mucho que lo intentemos jamás volveremos al pasado y cambiar todo lo que ahora nos hace daño. Hay que vivir el presente con todas las consecuencias que se han generado antes. Y es más, Noe, seguro que si nos dieran la oportunidad de vivir de nuevo, volveríamos a cometer los mismos errores. Creo que la vida es una comedia y nosotros tenemos ya asignados nuestros papeles. Anda, ánimo, venía a decirte que Blanca se viene a pasar unos días con nosotras. Me ha dicho: “Mamá, dile a Noe que voy también por estar con ella y pasar esa noche loca”.

Cuando llegó, Blanca nos inyectó savia nueva. Vicky se había acoplado a mí y no salíamos por la noche, a pesar de que Sofía intentó varias veces sacarnos de copas. Yo había perdido las ganas de juerga y Vicky renunció

por no dejarme sola. Nos quedábamos o en su casa o en la mía, leyendo o viendo alguna película que nos llamara la atención.

Su hija Blanca vino a revolucionar nuestras vidas. Nos sacó todas las noches de pubs en pubs. Disfrutamos de una vida que creíamos haber olvidado.

Fuimos a despedirla al aeropuerto. Nunca olvidaría sus palabras al despedirse:

–Bien, parejita extraña, a ver si tenéis ovarios y reconocéis la situación que tenéis. Noe, lánzate tú a la piscina, mamá nunca lo reconocerá ni se atreverá hacerlo.

No supimos qué contestarle. Estábamos cenando en silencio. Yo la miraba, ella no levantaba la vista de su plato. ¿Qué habría querido decir Blanca? ¿Veía ella *algo* que yo no acertaba a ver? Vicky había estado siempre ahí. Recordé cuando hicimos el amor. El placer que sentimos, cómo vibraron nuestros cuerpos y de qué modo nuestros gemidos se confundían. Había que reconocer que, a pesar del paso del tiempo, seguía estando hermosa. Me miró y me preguntó:

–¿Por qué me miras de esa forma?

Pero no la dejé seguir hablando. Besé sus labios. Desnudos nuestros cuerpos, recorríamos con los dedos cada partícula de nuestra piel, parándonos en los lugares donde sentíamos más placer. Nuestros gemidos rompían los silencios. Acariciábamos nuestros sexos, penetrábamos

nuestros cuerpos, sentíamos la humedad de nuestros fluidos en nuestros muslos y en nuestras manos. Convulsionamos, y los gritos de placer estallaron en nuestros labios. La rodeé finalmente con mis brazos, y el sueño nos fue venciendo.

La felicidad volvió a entrar en mi vida, aunque el recuerdo de Paula todavía me hacía daño. Procuraba apartarla de mi mente cuando su imagen surgía en mi pensamiento.

Empezamos a frecuentar el mundo de la noche, cómo decía Sofía, que fue la que se encargó de ello. Las personas que nos rodeaban se dieron cuenta de que éramos pareja, pero nunca nos preguntaron nada. Sí es cierto que algunos de nuestros conocidos nos ignoraron. No nos importaba, nosotras disfrutábamos cada segundo de nuestras vidas.

A veces discutíamos, las dos teníamos un carácter muy fuerte. Lo superábamos con un beso, una caricia, un “te amo”.

Nuestros hijos, Francisco, incluso Estefanía, a la que cogimos un gran cariño, y Blanca, se alegraron mucho de nuestra relación. Lidia aceptó a medias, a pesar de que quería mucho a Vicky. Su marido y sus padres nos ignoraban cuando nos juntábamos en los grandes acontecimientos.

Pero pronto comenzamos a saber que no se puede ser eternamente feliz de la misma manera que no se puede ser eternamente desgraciado. Es algo que se complementa y que no puede existir lo uno sin lo otro. Nuestra etapa de la felicidad estaba finalizando.

Estando en mi trabajo, sonó mi teléfono. Era Margarita, una compañera de Vicky.

–Por favor, Noe, ¿puedes venir al hospital? –su voz sonaba acongojada.

–Estoy en el trabajo Margarita –respondí con miedo.

–Por favor, Noe, pide permiso. Vicky no se encuentra bien. Pregunta por mí cuando llegues al hospital.

Una presión en el pecho que me impedía respirar con normalidad. Cuando entré en el hospital, algunos de los compañeros de Vicky se quedaron mirándome, pero no se atrevieron a acercarse. Me dirigí al celador, al que conocía por Vicky.

–Fernando, buenos días, ¿puedes localizar a Margarita?

–Por supuesto, pero vente a esta sala. –Me llevó a una sala que estaba vacía–. Siéntate por favor, Noe. Vendrá enseguida.

Cuando apareció y vi su cara, sentí el mundo desplomarse bajo mis pies.

–Por Dios, Noe, sé fuerte. Lo siento, lo siento...

–Margarita, por favor, dime, ¿qué ha ocurrido?

–Vicky ha sufrido un doble infarto cuando estaba en consulta. Hemos hecho lo posible y lo imposible. No ha servido de nada. Ha muerto.

Al rato me despertaron suavemente unos golpecitos en la cara.

–Noe, cariño, despierta, has sufrido un pequeño desmayo, tómate esta pastilla, por favor, Noe...

Era el médico con el que trabajaba Vicky. Podía sentir como si me desgarrara poco a poco por dentro. ¡Vicky! Me tomé la pastilla. No podía

creerlo, era incapaz de aceptarlo. Miraba su cuerpo en aquella camilla. Su semblante era de absoluta tranquilidad. Aquellos labios que tantas veces besé, aquel cuerpo que fue mío... No podía llorar, mis lágrimas las sentía dentro de mí.

–Noe, tienes que decírselo a Blanca.

Blanca, Dios mío. Francisco me acompañó al aeropuerto para recibirla. Bajó del avión y se dirigió hacia mí. Me miró a los ojos, y me abrazó. Ninguna de las dos dijimos nada y tampoco fluyó de nuestros ojos ni una sola lágrima.

Tuvo el coraje de darme ánimos a mí. En eso se parecía a su madre.

Todo había pasado como si fuese un terrible sueño, pero era real. Blanca le hizo a Francisco un poder notarial para que se encargara de todo el papeleo y de la venta del piso. Me dijo que cogiera lo que yo quisiera, de lo que tenía su madre. Me quedé con un aro de oro que le regalé y que completaba otro que ella me había comprado y que llevaba grabados nuestros nombres.

Cuando nos despedimos en el aeropuerto me di cuenta, por su comportamiento y la expresión de sus ojos, de que Blanca había madurado de golpe, que esa alegría que siempre la caracterizaba había desaparecido de su cara.

–Noe, no perdamos nunca el contacto. Tú has sido lo mejor que le ha pasado a mi madre en su vida. Ni si quiera yo estuve a su altura, ni a la tuya.

–Por Dios, Blanca, no me digas eso.

Me abrazó y por primera vez vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Sin volver la vista atrás, entró en aquel avión.

XIV

El tiempo siguió su curso. Fueron pasando los años. Con las únicas personas que me relacionaba, aparte de mis hijos y mi nieto, que ya era un adolescente, era con Sofía. Seguíamos juntas en el gimnasio y tomando nuestros cafés.

Jara, la monitora, seguía provocándome, pero yo la ignoraba. Sofía se reía y solía decir:

–¿Te acuerdas cuando os lo dije y...? –dejó la frase sin terminar.

Evitábamos nombrar a Vicky. Francisco y Estefanía venían una vez a la semana a comer o a cenar. Lidia se acercó más a mí, al final pudo más su amor que mi bisexualidad. Yo también la comprendía, su visión sobre la homosexualidad era la que le habían enseñado en la Iglesia. Más de una vez estuve a punto de preguntarle qué interpretación hacían de la parábola de la castidad voluntaria.

Óscar, mi nieto, ya un adolescente, venía muchas tardes a tomarse un chocolate. Nos reíamos mucho cuando me contaba sus historias sobre las chicas que le gustaban. Una de esas tardes le dije:

–Óscar, cariño, tengo algo que contarte sobre mí.

Me besó y me abrazó.

–Ya lo sé, *abu*. He oído discutir a mis padres sobre ti. En mi grupo hay un chico que es homosexual. Tiene un gran corazón, a algunos del grupo no les cae bien, pero estamos una mayoría con él. Yo te querré siempre, *abu*, seas lo que seas.

Seguí en contacto con Blanca. Ahora tenía pareja, Roberto, que era psiquiatra. Vivían en Roma, donde ella trabajaba como guía turística. Si su madre hubiera vivido y hubiese visto el cambio que había dado su hija... Yo creo que lo hizo como homenaje a Vicky.

Mi marido se había casado con su secretaria a pesar de ser más joven que él, y muy altiva. Y yo, que siempre deseé escribir y nunca tuve tiempo, ahora ya podía hacerlo. Empecé a escribir poemaslésbicos y a leer a filósofos clásicos, para dar salida a tanta oscuridad que me había embargado. Que sea el cielo quién me juzgue, pensaba y que tenga en cuenta que salí de sus entrañas antes de dictar su veredicto.

Me compré una casita en un pueblo pesquero en las costas andaluzas. Solía sentarme en su pequeño porche a escribir mis poesías. Disfrutaba viendo las puestas de sol en la playa.

Desde mi dormitorio, por las noches, veía el cielo lleno de estrellas. A mi pensamiento volvían las imágenes de las mujeres que amé.... Vicky... Paula..., ¿se habría casado?, ¿tendría hijos?, ¿sería feliz? ¿Por qué nunca la escribí, la llamé? ¿Por qué nunca fui a buscarla? Nunca dejé de amarla. La vida nos envuelve en una espiral difícil de salir. Actuamos de unas formas y maneras que ni nosotros mismos podemos comprender.

Una calurosa mañana de julio llegó el cartero y me entregó una carta. Me fijé en el remite, era de Alberto, el hermano de Paula.

Noe, siento darte esta triste noticia: mi hermana ha fallecido. Le diagnosticaron un cáncer de páncreas en estado terminal. Gracias a los cuidados paliativos y a la unidad del dolor no ha sufrido. Ella no quiso que te lo dijéramos, quería que la recordaras como en aquella fiesta, donde os visteis por primera vez. Te comunico todo esto porque creo que debes tener la carta que ella te escribió y que nunca te quiso enviar porque consideraba que eras tú quien tenías que haber ido a buscarla, escribirle o haberla llamado. Decía que si no lo hacías era porque no la amabas lo suficiente. Ella siempre preguntó por ti, a qué te dedicabas en tu tiempo libre, con quién te relacionabas. Yo le preguntaba a tu hijo Francisco, le hacía creer que era por siempre protocolo de amistad.

Cuando acabé de leer las palabras de Alberto, abrí el sobre que iba adjunto. Era una carta de Paula:

Noe, amor mío, te he esperado durante muchas mañanas, en el camino que lleva a la finca. Esperaba ver el polvo levantado por las ruedas de tu coche. Podía verte bajar de él, yo te esperaba con el racimo de uvas en la mano para compartirlo contigo, para verter su jugo, una en la boca de la otra.

Aún puedo sentir en mi cuerpo las caricias de tus dedos y en mis labios la suavidad de los tuyos. Cada vez que oía un mensaje, pensaba que era tuyo.

Cada vez que sonaba el teléfono, creía que era tu llamada.

He tenido varias parejas, incluso pude haberme casado, pero fui incapaz de hacerlo. La primera engañada hubiera sido yo.

Siempre quise saber *cosas* de ti, por eso me enteré de lo de Vicky. Y que Dios me perdone, también pensé que ello haría que volvieras a mis brazos.

No pierdo la esperanza de que algún día vuelvas a mí y que compartamos ese racimo de uvas negras.

Te amo.

Paula.

XVI

–Mamá –mi hijo me estaba llamando–, te estamos esperando para cenar.

Me miraba en aquel espejo, todavía seguía siendo atractiva, pero mis ojos estaban muertos, reflejaban la muerte de mi propia alma, que murió aquella calurosa mañana de julio, cuando no tuve valor de quitarme la vida.

¿Me jugó el destino una mala pasada? ¿Somos nosotros quienes lo manejamos con nuestras conductas? ¿Me dejó con vida porque todavía no había pagado mis aciertos y mis errores? ¿Somos parte de una historia ya escrita? ¿Dónde estaban las respuestas, en el cielo o en la tierra? Lo que sí sabía es que no estaban en nuestras propias vidas.

EPÍLOGO: Poemas de Noe

AMAR UNA MUJER A OTRA MUJER

Me puse de rodillas en aquella cima,
ante el ángel de la muerte y le dije:
lánzame un puñal y
atraviesa mi pecho,
que abra mi carne al canal y
aparezca mi corazón latiendo,
que mi sangre riegue esta tierra,
que de ella surjan nuevas flores y
las mariposas se posen en ellas.

Porque quiero que mi estirpe
no se extinga.

Le ofrezco mis ojos,
al ángel de la vida y
le digo:

Aquí estoy yo,
mujer que ama a otra mujer y
quiero demostrar al destruirme,
que antes de aceptar tus leyes
prefiero que me lleve la muerte.

CUERPOS DE MUJER

Vi tu cuerpo salir del agua,
tu pelo lleno de guirnaldas
tu piel blanca como las nieves
de esas montañas.

Por un instante el tiempo se paró,
por un momento creí que soñaba.

Eras tú mi amor,
la mujer a la que amaba.

Nuestro mundo eran los mismos,
nuestros cuerpos no eran distintos.

Yo conseguiré tu amor,
tú me aceptarás a mí.
Romperemos todas las barreras,
aunque no seamos aceptadas por los mundos,
seremos aceptadas por los cielos.

MIS TIEMPOS

¿Qué hicimos con nuestros tiempos?

Esos tiempos marcaron nuestras vidas,
yo pasé mis tiempos esperándote,
tú marchándote muy lejos.

Mientras, yo necesitaba el arrullo de tus brazos,
la suavidad de tus labios,
el cálido calor de tu cuerpo.

Nuestra vida se fue agotando,
esos tiempos fueron pasando y
tú, mujer a la que amé,
te perdiste en ellos.